TEMAS SEXUALES

A. MARTIN
DE LUCENAY



1'25 PTS.

presidios regimientos y barcos

TEMAS SEXUALES

BIBLIOTECA DE DIVULGACION SEXUAL

38

A. MARTIN DE LUCENAY

Presidios, Regimientos y Barcos

Cárceles de hombres.—Cárceles de mujeres.
La sexualidad en los cuarteles.—Dos meses
entre los coloniales.—Noches de Surasia.—
El amor en los barcos.



EDITORIAL FENIX
FERRAZ, 27.—APARTADO 8025.—MADRID

PRIMERA EDICION
NOVIEMBRE 1983

DERECHOS
RESERVADOS

PRINTED IN SPAIN

IMP-ROT (Imprenta Rotativa) Andrés Mellado, 4. MADRID

PROLOGO DEL TEMA

La moral sexual, según debemos entenderla los civilizados, no es más que un conjunto de normas completamente artificiales impuestas por la cultura para ocultar las expresiones naturales, que resultan inadmisibles por motivos de diversa índole que ya se han analizado suficientemente.

La costumbre hizo la moral y la moral es la ley; esto, aunque es muy discutible, no puede discutirse, extraña paradoja derivada del fondo verdadero de todas las acciones sexuales de los humanos: la hipocresía. El dominio de los instintos es necesario para el mejor sostenimiento del equilibrio social, a veces, no por los perjuicios morales que pudieran derivarse de una conducta demasiado libre, sino porque la trascendencia de esos hechos se reflejaría en la parte económica de la sociedad. La sociedad, hasta cierto punto, tolera y ve que es natural que una muchacha soltera se entregue a un hombre; ante lo que protesta de una manera airada, violenta, y a veces inhumana, es a la vista de las consecuencias perfectamente naturales de esa inmoralidad supuesta que da el producto de un ser que nadie ha pedido ni nadie ha deseado.

Todo esto es natural, a pesar de cuantas consideraciones pretendamos hacer en contrario. La moral, entonces, viene a ser esto: una garantía, un freno, y, a veces, como la prostitución, un mal necesario, porque como ni es moral pura ni es moral sentida, resulta una imposición que, en buena biología, no puede tolerarse.

Ya hemos dicho infinitas veces que no hay impulsos humanos más poderosos que los que determinan las funciones del sexo. Este principio motor de toda la actividad animal, que, después de todo, es perfectamente compatible con el resto de las expresiones del «genus homo», es el que menos facilidades tiene para manifestarse, porque de siempre ha habido un cúmulo de poderosas

prohibiciones y restricciones gravitando sobre él hasta asfixiarle. El dominio de estas facultades procreadoras, si es que queremos decir que es el impulso genésico el móvil natural, no es una empresa fácil para todos; digamos, en justicia, que la civilización, la educación y la cultura, que vienen a ser tres expresiones de un todo uniforme, si es cierto que enseñan a la voluntad a oponer una barrera a los impulsos, tampoco puede negarse que en la deformación de las expresiones naturales no arrastran consigo otros principios que no pueden desenvolverse de una manera independiente y aislada con relación a las energías que la cultura anula o somete a su influjo.

No obstante, el contacto con la sociedad modifica esas energías raciales, transformándolas y adaptándolas a las leyes éticas. Pero si arrancamos al individuo del seno en que ha vivido y se le priva de la libertad necesaria para expresarse de una manera legítima que nunca implique una violación de las normas consuetudinarias o morales, se verá que esa restricción, lejos de refrenarle más, le impele a dar rienda suelta, sea como fuere, a las energías de que puede disponer y que no han podido ser disueltas en absoluto por el hecho de habérsele arrancado del medio en que vivía.

Lo mismo que el que pierde, por ejemplo, la vista, adquiere mayor sensibilidad en otro sentido, así el que se ve privado de unos derechos cualesquiera, sea por necesidad o por obligación, hará que otras nuevas facultades sustituyan a las que se le arrebataron. Es este un fenómeno antropológico que no puede negarse, es una condición netamente humana.

A estas restriccones, que pudiéramos llamar físicas, hay que añadir otras razones morales de tanta o mayor importancia. Si esa obligación o esa necesidad del individuo de someterse a disciplinas que no dependen enteramente de su voluntad trae consigo el apartamiento del sexo contrario, entonces el problema físico se complica tanto como el moral se soluciona. El delincuente que es encerrado en una cárcel, el soldado que ha de someterse a la disciplina del cuartel, y el marinero, que por razones de su profesión se ve obligado a sentir pasar muchos días de tedio enervante entre puerto y puerto, dejan, hasta cierto punto, de ser hombres para convertirse en autómatas. El preso, como dice Zamacois, es un muerto vivo, el soldado es un número y el marino una máquina...

No nos referimos, naturalmente, ni al preso por una quincena, ni al soldado del cuartel, ni al marino de las costas: hablamos del presidiario, del ex hombre, del que por razón de su delito ha de perder las esperanzas de salir con vida, con vida útil, de entre las cuatro paredes en que habrá de enterrar sus esperanzas, sus ilusiones y sus amores para envenenarse con la rabia sorda de su impotencia... Hablamos del soldado de las colonias, de los expatriados, de los que luchan contra el hombre, contra el clima, contra el «cafard» o la desesperación... Del marinero que en largas e interminables travesías, bajo el frío de los climas polares o el fuego rojo de los trópicos, siente deslizarse los días de hielo o de llama constantemente excitado por lo que hizo en el puerto que abandonó o por lo que piensa hacer en el de arribada...

Y los tres, el preso, el soldado y el marinero tienen sobre su condena forzosa o transitoria la otra condenación, que impide al más fuerte impulso expresarse noblemente, circunstancia que al no poder ser vencida anula escrúpulos y transforma morales. Todo está perdido: libertad, derechos, comodidades, afectos y cuanto hace la vida más agradable y llevadera. ¿Para qué someterse, entonces, a esas reglas morales que la sociedad impone? ¿No es su sociedad distinta a la otra en que algún día vivieron? ¿Por qué la moral, que aquí para nada sirve, que nadie exige y a nadie beneficia ha de ser la misma?... Dentro de todo lo malo, un impulso irresistible que casi siempre es estimulado por el ejemplo de otros, construye la nueva moral, que consiste en «vivir lo mejor que se pueda», es decir, en procurarse todos los deleites posibles, aunque sea por medio de los procedimientos más anómalos, por las violencias más inauditas, que son como la esencia de todas las renunciaciones a lo que se ha perdido y muy difícilmente puede recuperarse.

CARCELES DE HOMBRES

Psicología del preso.—La artificiosidad de su vida sexual.—La atracción de los jóvenes.—Los «pipis».—Los comienzos de su iniciación.—Los vagabundos.—Una escena vulgar.—Los sistemas penitenciarios.—Los juegos inocentes. Los cabos de vara.—El precio de los placeres. El amor de dos invertidos.—Sangre en el presidio.—El pederasta suicida.—En la Guyana francesa.—Forzados de las colonias.—Los incivilizados.

El hombre que por primera vez entra en un presidio, se trate de un delincuente habituado a la pequeña condena o del que, en un momento de arrebato, comete el crimen más horrendo, sabe que tiene que renunciar a los placeres del mundo de los libres que le expulsa de su seno con el odio, la compasión o el desprecio. Ha delinquido. Se ha situado al margen de la ley y la moral: ha muerto civilmente.

De toda esta gran catástrofe que ha destruído su vida libre se da cuenta al traspasar los umbrales de ese mundo extraño que sólo volverá a hollar al cabo de muchos años, si es que la muerte no viene a redimirle antes del tremendo suplicio que la sociedad le ha impuesto con mejor intención de la que él cree, ya que más que un castigo es un sistema de corrección en el que no existe venganza, sino un anhelo de regeneración o, en todo caso, de evitar males iguales o mayores a los que dieron lugar a la condena.

Si alguna moral llevó al presidio, no tarda en ser disuelta por el ambiente que crean los otros. En primer lugar, pese a las buenas voluntades de moralistas y reformadores, el presidio es más bien una escuela de perfeccionamiento de criminales, que corrección de delincuentes. Para que el presidio corrija, aparte del sistema penitenciario, es preciso que el preso posea un alma noble y grande: y el hombre que posee estas buenas e insignes cualidades, no delinque; no puede, por tanto, ser preso.

Exceptuamos, naturalmente, al delincuente que, por la defensa de un ideal, violó los derechos de los demás: éste no tiene por qué regenerarse en lo que tampoco está degenerado. Pero el idealista no es el delincuente vulgar, perverso e inculto, en que pueden hacer mella las dentelladas del ambiente amoral del presidio; éstas son las almas grandes, al menos, desde su punto de vista o del de los que, sintiendo las mismas emociones ideales, no tuvieron el gesto de delinquir abiertamente.

Pero, aparte de todas estas consideraciones ajenas al motivo que nos ocupa, en el aspecto en que lo mismo el parricida que el caudillo político se identifican sobre una misma base democrática, es en todo aquello que atañe a la privación de la libertad del sexo. Y si no, que lo digan los ascetas que pretenden conquistar el cielo con estas mortificaciones de la carne.

Si a los ascetas les es punto menos que imposible negarse a la impulsión natural de su sexualidad, a cuya disciplina se someten de una manera voluntaria, ¿qué puede ocurrirle al preso, delincuente sexual a lo peor, al que lo primero que la sociedad niega es la práctica de esos derechos excesivamente abrogados al manifestarse en formas criminales por lo que recibió el castigo de vivir aislado de la sociedad?

La vida sexual de los presidios es multiforme, compleja, extraña y completamente animal, y, más que animal, en muchos casos, de una ferocidad salvaje que no se detiene ante los castigos ni la muerte, porque su finalidad, algunas veces, no es otra cosa que la muerte misma. No hay sentimentalismo alguno en la conquista de esos placeres que forzosamente han de ser homosexuales, aunque rara vez sean invertidos los actores de estas comedias tan trágicas. La pseudohomosexualidad, con toda su crudeza, con todos sus caracteres completamente artificiales de las impulsiones perversas, es una suma de brutales egoísmos, de propias conveniencias, de vehementes pasiones individuales.

En el amor homosexual de los invertidos, no falta nunca ninguno de los caracteres espirituales del amor heterosexual, y tanto se goza por el placer que se experimenta como por el que se procura al compañero. Y a todo esto, hemos de agregar la mentalidad del preso, a quien nada le importa perder, porque al entrar en el presidio vió con horror o con pena que lo había perdido todo.

En los presidios hay pseudohomosexuales activos y pasivos como en la homosexualidad auténtica. Por lo general, el activo practicó

su vicio antes de entrar en la prisión, no por satisfacer una necesidad espiritual, sino por perversión pura, por afán de violar las leyes naturales, como si respondiese al imperio de un instinto de maldad que, más tarde, había de conducirle a la reclusión. Estos grandes criminales se sirven siempre de los seres débiles y especialmente de muchachos jóvenes; son grandes sádicos ebrios de criminalidad, de una criminalidad que no les cabe en el instinto, y tienen que dar salida violando los principios normales de la naturaleza y de la sociedad que impusieron unas leyes demasiado estrechas para contener la brutalidad de sus impulsos.

No obstante, siempre reside en el fondo de estas impulsiones un principio remoto que pudiéramos llamar natural: el hombre débil, el preso que cayó en el penal, que fué bueno hasta que dejó de serlo, lleva en sus ademanes y en su idiosincrasia muchos caracteres que en nada se asemejan a los del otro recluso curtido por muchos años de sombra y de rabiosa impotencia. Esos caracteres que, naturalmente, tienen que ser un contraste lo mismo físico que moral, son el todo que le hace codiciable para el viejo penado, que es perverso, rudo, grosero, violento y brutal. El nuevo recluso trae de la calle el perfume de la libertad. Viene limpio, joven, triste y arrepentido de su crimen. Su aspecto, aunque no sea el de un ser débil, es el de un debilitado por las emociones y los sufrimientos, y, sobre todo, por el panorama siniestro que ofrecen a sus ojos las galerías del presidio, la disciplina y, por si todo ello fuera poco, los rostros verdaderamente patibularios de sus compañeros, que ya "se han hecho a la vida" y resolvieron hace tiempo todos sus problemas morales.

Ante este espectáculo desolador, el *pipi*, como se le llama en el argot de la casa, es, naturalmente, una novedad. Por esa rara afinidad, por ese extraño espíritu de asociación que une a todos los malhechores, el primer movimiento de curiosidad de los demás reclusos tiende a explorar el fondo de aquel alma, pero sólo en cuanto se refiere al delito, al hecho que motivó su prisión, a "lo suyo". No les importan nada los afectos, las amistades, los amores o la familia que el preso dejó fuera; no les importa, porque, en su filosofía práctica, saben que "eso se ha perdido para siempre", y, además, su recuerdo estorba para vivir allí. El que entra en el presidio, sabe, sí, que está vivo: come, anda, piensa, trabaja, duerme... Es, indudablemente, un ser vivo, sí; pero está muerto, enterrado y podrido. ¡Diez años, veinte, treinta, la vida entera!...

"—No lo pienses más, muchacho; pero la otra vida, estamos muertos. Ahora vivimos otra, que ni es la que se ha perdido ni la que seguramente ninguno de nosotros ganaremos cuando estiremos la pata; porque aquí, el más malo, es precisamente el más bueno."

Esta sentencia la escuché de un viejo gitano que visité un día en un presidio. El penado no hizo casi nada: quince años antes encontró a su mujer con un "payo"; mató a los dos; ató los cadáveres al arzón de una cabalgadura y, después de arrastrar a los cuerpos más de dos leguas, los dejó a la puerta de un cementerio. Un guarda jurado que intentó detenerle, murió a puñaladas por el parricida. Total: una pena de muerte, de la que le libró la habilidad de un abogado. Y este gitano había sido tan malo que, sin dejar de serlo, era bueno en el penal. Y añadía:

"—Para que veas lo que son las cosas, yo no trabajé nunca, ¿*pa* qué decir otra cosa? En cambio ahora, no puedo ser más *honrao*: fabrico jaulas *pa* los grillos: soy un preso que *jase cársele*...

Cuando un "pipi" entra en el penal, tiene por delante unos días, muy pocos, en los que tiene ocasión de descubrir que sus compañeros no tienen malos sentimientos del todo. Los más fuertes, los más bravos, los que cobran el barato le aconsejan que tenga calma y que se acostumbre: una amnistía, una revolución, una evasión acaso... Se piensa en los recursos más absurdos, con tal de engañarse a sí mismos. En el fondo, esta actitud de los barateros, no es más que una táctica de conquista; del "pipi", lo único que puede interesarles es la novedad de un elemento extraño que apetece su sexualidad. Su ignorancia de aquellas costumbres, su curiosidad de los primeros días y el aniquilamiento moral de su alma, le alejan del preso curtido, y le acercan a la mujer: sólo las mujeres lloran, muestran su sufrimiento y se apenan ante la perspectiva que se abre en su vida. "Sólo lloran las mujeres". Y como el nuevo recluso no ha podido ocultar unas lágrimas, este detalle de feminidad excita la sensualidad sádica del antiguo presidiario; para los efectos de su animalidad, ha entrado una mujer en el presidio.

Lo primero que se brinda es una protección "desinteresada". Todos los matones, generalmente tres o cuatro que a la vez capitanean otros tantos ranchos, empiezan a disputarse la nueva presa, sea como sea. Son las rivalidades del oficio, muchas veces, lo que determinan la actitud del conquistador que, dicho humorísticamente, pretende agregar a su harén una odalisca más, no porque, en realidad, necesite nuevos objetos de satisfacción de su lujuria, sino porque su

orgullo de matón no permite que la conquista la haga su contrincante.

A veces se entablan luchas feroces por la posesión de los "pipis". Un escritor americano, que vivió por capricho entre los vagabundos de cierta región de los Estados Unidos y que más tarde ingresó en la cárcel con el fin de estudiar de cerca sus costumbres, refiere el siguiente hecho:

"En las cárceles se observa el peor aspecto de esta perversión (se refiere a la homosexualidad). Durante el día, los prisioneros se reunen en un vasto salón, y pueden hacer cuanto les viene en gana; por la noche se les encierra en una celda, en grupos de dos y aun de cuatro. Si hay algunos muchachos entre los presos, hacen uso de ellos. Si no se someten, se les amordaza y se les sujeta. El director de la prisión rara vez tiene noticia de estos hechos, y si un muchacho se queja, realizaría un acto suicida. Existe en los Estados Unidos una criminal ignorancia de lo que es la vida en estas prisiones, y suceden cosas que serían imposibles en una penitenciaría bien reglamentada. En uno de estos sitios presencié una feroz pelea entre dos mendigos, con motivo de la posesión de un muchacho. Los dos hombres le amaban, y el jovenzuelo correspondía a la afección de los dos con igual ardor. Se acordó un combate con navajas de afeitar para decidir la adjudicación del muchacho (1). Los dos adversarios se prepararon para el combate, en tanto que los demás penados se congregaban alrededor. Durante media hora se dirigieron tajos terribles, y, por fin, sus padrinos les separaron, por temor a un resultado fatal. El muchacho se adjudicó al que salió de la pelea con menos heridas." (J. Flynt.)

Por el oficial de una prisión conozco con toda clase de detalles una escena de "iniciación de un neófito", que fué presenciada por uno de los "soplones". Tres o cuatro días antes, había ingresado en la prisión un muchacho de veinte años, que, después de robar a un tratante de ganados, le asesinó a puñaladas. Al principio, fué acogido por los reclusos con cierta admiración, "porque el muchacho prometía". No pareció sorprenderle demasiado el ambiente del pre-

(1) Todos los vagabundos llevan navajas para afeitarse y por defensa. Aunque parezca extraño, las introducen en la prisión, sin duda porque no se les registra propiamente. *(Nota del autor aludido).*

sidio, y, sin duda, aleccionado por algún amigo que vivió en la cárcel, quiso, desde el primer día, sentar plaza de "hombre crudo". Un antiguo penado, que quiso arrebatarle un paquete de tabaco, y que tenía fama de valiente, pagó caro su atrevimiento: el mozo le asestó en la barbilla un puñetazo, tan certero, que le derribó en el patio cuán largo era. La escena, muy rápida, había pasado desapercibida para los oficiales de la prisión, y nadie osó delatar el hecho en la esperanza de que aquel espectáculo tendría una segunda parte mucho más interesante.

En efecto, cuando el vapuleado volvió en sí de su desmayo, gracias a los auxilios de sus adictos, se dirigió a su contrincante, diciéndole:

—No te mato, porque eres valiente; pero a ti te tengo yo que dar por el c...

Llegó la noche, y con ella el silencio en los ranchos, en cada uno de los cuales habitaban veinte penados, capitaneados todos ellos por el valiente que amenazó al nuevo. Este se acostó sin recelar nada; pero cuando los que velaban estaban convencidos de que dormía, se arrojaron sobre el joven, lo amordazaron para que no gritase y, tras de no pocos esfuerzos, lo amarraron al camastro como pudieron, poniéndole en postura conveniente para los fines que perseguían.

Para mejor asegurarle, cuatro individuos le sujetaban brazos y piernas, mientras el presidiario practicó con él la pederastia. Después hicieron lo mismo los dieciocho reclusos restantes. Cuando desataron al "iniciado", sufría una fuerte congestión y algunas lesiones en diferentes partes del cuerpo que sus violadores le produjeron en la lucha para amarrarle. Se le reanimó pronto, y no tuvo más remedio que convencerse de que toda actitud vindicativa sería inútil: tenía enfrente a diecinueve energúmenos dispuestos a estrangularle sin compasión. Todavía, el capitán de la partida se encaró con él:

—Si quieres dar el soplo, hazlo cuando estés convencido de que te llevarán a otro sitio, porque si no, nosotros te mandaremos adonde no puedas volver, ¿comprendes? Además, como nos ha gustado bastante la fiesta, vete preparando para esta noche.

El muchacho no protestó siquiera, y, cuando la Dirección del penal tuvo noticias del hecho, fué al cabo de un mes, cuando ya fué imposible poner un correctivo, ateniéndose a las denuncias del ofendido, el cual estaba en las mejores relaciones con el matón del rancho y tres de sus secuaces.

En ciertos sistemas penitenciarios, es completamente inútil tratar de impedir estos sucesos, que no pocas veces tienen desenlaces trágicos. Sólo el sistema celular, es decir, el aislamiento absoluto de los reclusos, podría ser el mejor remedio. No obstante, en una prisión argentina se registró el siguiente hecho:

Los reclusos se reunían en un gran patio coronado por una galería en la que constantemente había vigilancia, durante el recreo, solamente dos horas. Mientras unos jugaban a la pelota, otros lo hacían al "tres en raya", a la comba; se reunían en grupos para charlar y, sobre todo, practicaban el juego denominado "al burro", que consiste en que uno se coloque con la espalda arrimada a la pared y con las manos sostenga la cabeza de otro que hace de burro, detrás del cual se pone otro con la cabeza agachada y apoyada en el trasero del primero, y así sucesivamente, hasta tomar parte pasiva en el juego, el de la pared y otros tres individuos más.

El juego consiste en saltar hasta ir a caer sobre la espalda del primero, cuya cabeza está sostenida por el que se apoya en la pared, con la particularidad de que el de la cola tiene que estar más empinado para que el salto sea más difícil. Esta postura se consigue apoyando el último su pecho sobre la espalda del segundo.

Como se ve, el juego no puede ser más inocente ni deportivo. Pero se descubrió, al cabo de mucho tiempo, que las cosas ocurrían de otra manera. El que estaba sostenido por las manos del que se apoyaba en la pared, practicaba con éste la masturbación bucal, y el que se colocaba en la cola, fingiendo que su misión era hacer más difícil y arriesgado el salto, practicaba la pederastia con el que estaba colocado en medio, que casi siempre era un invertido pasivo. El que saltaba, no era más que un figurante, que, naturalmente, terminaba por reclamar la satisfacción adecuada. Este tenía que permanecer sobre la espalda del masturbador bucal, haciendo como que contaba, hasta que el de la pared y el de la cola quedaban complacidos. Los actores se cambiaban con frecuencia, si bien los pederastas pasivos y los masturbadores bucales permanecían más tiempo en el juego.

La vigilancia de los cabos de vara resulta prácticamente inútil en este aspecto. Estos individuos, seguramente gozan de más privilegios y libertades que el resto de los reclusos sometidos a su autoridad secundaria, pero importantísima; pero como esa libertad no puede darles derecho al objeto natural de satisfacción de sus impulsos sexuales, de aquí que no pasen de ser uno de tantos y, más aún, los que con mayor facilidad pueden obtener la sumisión de los

invertidos o pervertidos pasivos que, en virtud de la autoridad que el cabo ejerce, se someten a su protección.

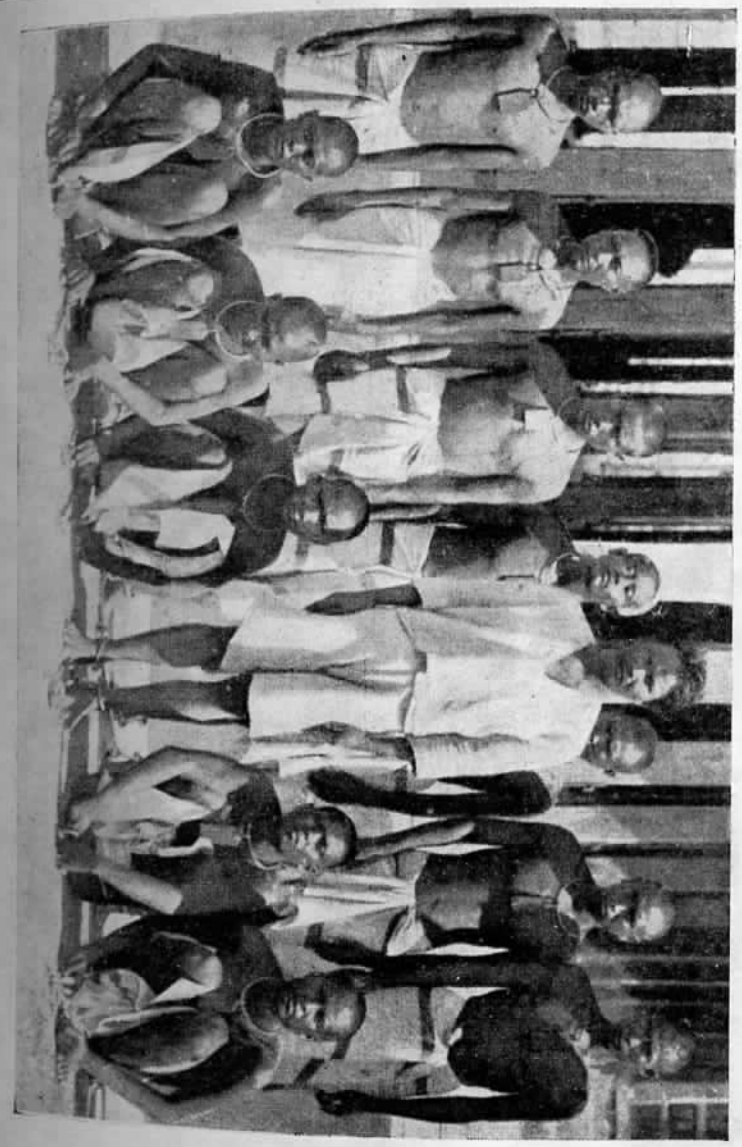
Esta facultad de mando, que a veces adquiere un carácter imperativo, no se consigue sino al cabo de mucho tiempo de haber cobrado el barato con los demás reclusos. Mientras tanto, huelga decir que el aspecto que ha servido de mejor base para el robustecimiento de esa autoridad es el del vicio sexual, que, al cabo de muy poco tiempo, acaba por convertirse en un hábito fuertemente arraigado, y con el que el preso se encuentra muy a gusto, por lo que se obstina en seguir con él. Sólo los años, con sus estragos, son capaces de modificar los impulsos animales del recluso; pero, cuando la impotencia sexual se presenta, no cabe duda que el resto de sus energías han decaído lo suficiente para que en seguida otro "guapo" se disponga a arrebatar el puesto, que ya no puede conservar el decadente.

No siempre la impotencia sexual motivada por la edad corre parejas con el resto de las energías físicas, pero la ley del presidio lo estima así, y cuando el cabo de vara no resulta apto para competir con los otros en sus fechorías homosexuales, no le queda más remedio que resignar el mando, que algunas veces reconquista a navajazos. Tal es el más arduo problema de la vida interior de las prisiones.

No es la pederastia la perversión sexual que más se practica; prescindiendo de la masturbación solitaria, que es lo más corriente, la *fellatio* es una de las variedades más usuales, generalmente retribuída. Un cigarro, cinco céntimos o el pan sobrante de una comida suelen ser el precio de estos actos.

Algunas veces se observa la existencia de grandes pasiones: ello es un signo evidente de que la homosexualidad es auténtica, al menos en la parte activa. En un presidio italiano se registró un célebre caso de esta naturaleza. Los protagonistas eran dos asesinos que, huyendo de la Policía americana, dieron con sus huesos en Italia, con el fin de cobrar la herencia de un italiano, al que asesinaron en Filadelfia. Ya habían conseguido que uno de ellos pasase por el heredero, hasta el punto de vender una finca en 300.000 liras, que ambos empezaron a derrochar alegremente mientras terminaban de resolverse los demás asuntos que les pondrían en posesión de una cuantiosa fortuna. Se descubrió todo y fueron condenados a más de veinte años de presidio.

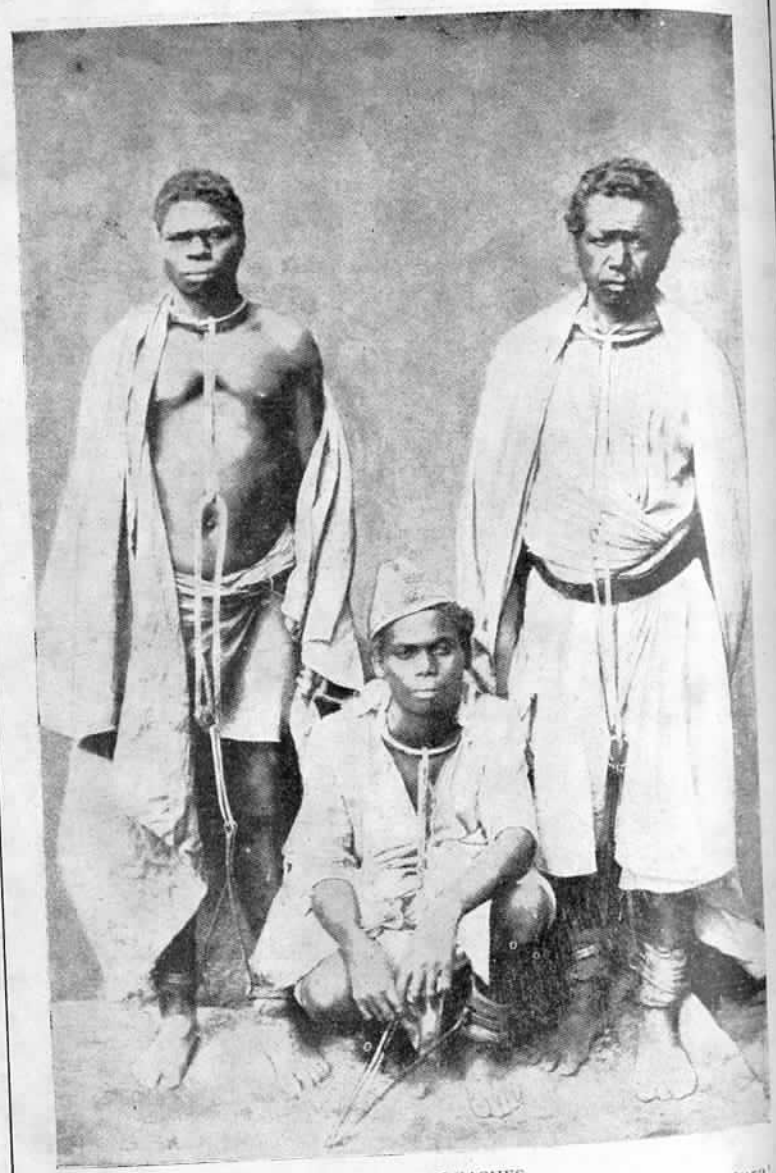
Uno de ellos, el invertido activo, era un tipo fuerte, muscu-



PRESOS DACOYTAS

Estos individuos, feroces criminales y sanguinarios implacables, tan pronto como son sometidos a prisión, olvidan los pocos instintos nobles que tuvieron en su vida libre.

LAMINA I



HOMBRES MALGACHES

Entre estas gentes se considera la homosexualidad como el medio natural de satisfacción de los impulsos sexuales, pero sólo cuando se trata de presidiarios o prisioneros.

LAMINA II

loso y de aspecto poco agradable, pero muy culto e inteligente. En el penal se le conocía por el número, «el 333», y no tardó en captarse las simpatías y respetos del resto de la población penal. Su compañero de fechorías, «el 338», revelaba bien a las claras su condición: sólo inducido por una voluntad que dominase la suya en absoluto, es como podía comprenderse que hubiera cometido los delitos de que estaba convicto y confeso. Este tenía veintidós años de edad y cuarenta y tantos el otro, aunque muy bien conservado: pudiera habérseles tomado por padre e hijo.

La presencia en el penal de este afeminado levantó una tempestad de deseos entre los demás reclusos, pero su compañero no tardó en hacer ver que allí no había nada que conseguir.

A pesar de que se les observaba constantemente, jamás fué posible sorprender en ellos el menor acto revelador de sus impulsos. Siempre estaban juntos en las horas de paseo, procurando aislarse del resto de la población, pero a la vista de todos. Lo único que se advertía es que el de más edad acariciaba con frecuencia a su compañero sin recatarse lo más mínimo, como si ejecutase un acto natural, y al despedirse para acostarse le besaba en la frente con la misma ternura que un padre pudiera hacerlo con un hijo. Al principio hubieron de soportar las bromas de los reclusos más audaces, pero después se creyó que, en realidad, eran padre e hijo, lo que contribuyó a aumentar el afecto de los penados hacia aquellos seres que en la desgracia de su reclusión eran los menos desdichados.

Así transcurrieron dos años. Pero un día el supuesto padre cogió al joven una carta que no era más que una ardiente declaración de amor, que firmaba «Un adorador», y a la que el joven no había concedido importancia al principio. Posteriormente recibió otras misivas, que encontró en su celda a la hora de retreta. Esto indujo a creer que se trataba de un «distinguido», es decir, un cabo de vara, ya que a no ser éstos o los empleados de la prisión nadie podía transitar por las galerías en que se abrían las celdas en que los penados penetraban a la vez, cerrándose automáticamente al mismo tiempo todas las puertas.

Por más indagaciones que hicieron, no les fué posible averiguar quién era el misterioso autor de aquellas cartas, que acabaron por halagar la vanidad del invertido, que ahora se arreglaba más que de costumbre, y llegando hasta el extremo de *coquetear*

con los compañeros que él imaginaba pudieran ser sus anónimos adoradores.

Esta actitud no pasó desapercibida para su amante, quien le hizo toda clase de reproches a su conducta; un día le abofeteó en pleno patio en un acceso de celos, y desde entonces se notó que sus relaciones ya no eran tan cordiales, pues transcurrieron días enteros sin que se les viese juntos.

Al día siguiente del suceso se encontró con una carta en la que el enamorado se condolía de lo acaecido, ofreciéndole su ayuda espiritual y diciéndole que si la aceptaba al día siguiente se presentase en el patio con el gorro en la mano derecha, para saber a qué atenerse.

Su alma de afeminado le hizo ser tan curioso como lo son las mujeres, y a la hora del paseo apareció en el patio llevando en la mano su gorro de presidiario.

Como de costumbre, desde hacía unos días se reunió con dos amigos, ninguno de los cuales llegó a hacerle la menor insinuación. Se trataba de dos antiguos caballeros de industria muy cultos y distinguidos, con los que conversaba de todo menos de «amor», aunque no ignoraban la verdadera naturaleza del muchacho.

Cuando se hallaban paseando, su antiguo amante pidió permiso a los amigos para hablarle a solas. Discutieron brevemente, y el despechado, impulsado por los celos, le asestó un puñetazo en el rostro que le hizo caer al suelo arrojando sangre por la nariz. Uno de los amigos del joven se abalanzó sobre el agresor, y esgrimiendo un pedazo de vidrio de una botella a manera de cuchillo le infirió un profundo corte en la mejilla derecha, causándole una herida grave. Intervinieron otros reclusos y varios oficiales de la prisión, que trasladaron al herido a la enfermería y al agresor a una celda de castigo.

Transcurrieron unos días. El herido fué dado de alta y el agresor recobró su relativa libertad. El afeminado, que cuando su antiguo amante salió de la enfermería no le saludó siquiera, tan pronto como vió a su defensor corrió a darle las gracias por su gesto. Naturalmente, en todo el tiempo que duró el castigo no recibió ninguna carta, lo que constituyó la revelación del incógnito enamorado.

El otro, cuya cicatriz era como el símbolo de su alma desgarrada por la traición del amigo, empezó a desmejorar visiblemente. Perdió el apetito, dejó de mostrarse activo en los talleres y rehuyó la sociedad de los compañeros, que en vano trataban de distraerle. Y una mañana, cuando los vigilantes penetraron en la celda al no ver salir al 333, su cadáver pendía del barrote de una reja: se había ahorcado valiéndose de una sábana.

Sobre el camastro había una carta dirigida al director del presidio y otra a su antiguo amigo: al director le agradecía las amabilidades que para con él tuvo cuando estuvo en la enfermería, y al amigo le escribía en estos o parecidos términos. «Pido a Dios que seas más feliz que tú me hicistes».

Todo lo que hemos visto, y mucho más que se podría decir, no es nada si se compara con los espantosos caracteres que la vida sexual adopta en las colonias penales a donde van los forzados. Los presidios de la Guayana francesa, Nueva Caledonia, Nueva Zelanda, Usuhaia en la Argentina, Timor, la fatídica isla de los deportados portugueses y otras penitenciarías más, constituyen los escenarios de los más espantosos dramas que pueden imaginarse.

En estas colonias cumplen condenas interminables gentes de la peor especie del orbe entero, grandes delincuentes curtidos ya por el aire de todos los presidios, en los que las esperanzas de regeneración no caben en manera alguna: son los hombres lobos de los hombres, que diría el santo de Asís.

Refiriéndose al deportado árabe de la Guayana, el doctor Jacobus, que visitó aquella colonia, escribe: «El árabe es casi exclusivamente pederasta activo. Los adolescentes y jóvenes que se prostituyen por dinero en Arabia y en todos los países musulmanes son primeramente pasivos. Y es posible que más tarde, ya hombres hechos, se inviertan los papeles y se conviertan en activos. Pero en la Guayana, entre los deportados árabes, todos tocados de este vicio, no se encuentra casi más que el elemento activo. Y toman como pasivos, a falta de mujeres que quieran prestarse a sus inmundos caprichos, a los coolíes, hindúes o bien a deportados blancos sufriendo condena o libertados; muy raramente se valen de negros, aparte de algunos muchachos depravados. Algunos árabes, que habían solicitado y casado legalmente ante las autoridades con una mujer de la penitenciaría, jamás han querido hacerle niños y siempre se han servido de ella para el coito anal. De otra parte, tales árabes dejan libre a la mujer para que

se gane la vida como mejor quiera, con la condición de que aquella parte sea «de la exclusiva competencia» del marido musulmán. Así, pues, la administración penitenciaria—que juega en todos estos extravagantes matrimonios un papel algo grotesco—ha acabado por rehusar a estos buenos sectarios de Mahoma la autorización para tomar mujer legalmente.

«En el presidio encuentra entre los demás forzados negros e hindúes y hasta en los mismos blancos, hez y escoria de las grandes ciudades, instrumentos en que satisfacer su abyecta e innoble pasión. Una vez libre, vive sobriamente y busca el medio de ganarse algunos cuartos usufructuando un bochinche o un pequeño almacén al por menor. Se le toma aún corrientemente como contramaestre en los placeres, donde se emplea a los hindúes. Su abstención de los alcoholes hace de él un hombre precioso para guardar los almacenes de aguardientes de caña, al mismo tiempo que su vigor físico inspira un saludable temor. Los que le emplean conocen bien su vicio, vicio que le lleva, necesariamente, ante los tribunales cuando ha querido usar de la violencia frente a uno de esos pobres desterrados, rebelde a servir de pasivo, no por pudor, sino por miedo al desmesurado miembro viril del árabe.»

En estas colonias, en las que habitan personas honestas, como los funcionarios del Gobierno, comerciantes, etc., con sus mujeres e hijas, sólo unas leyes rígidas e inapelables pueden garantizar la seguridad de esas mujeres, ya que los deportados gozan de relativa libertad. Cualquier atentado contra una mujer se paga allí con la vida. En cambio, cuando entre ellos y ellos encuentran el medio de satisfacer sus deseos, ni la guardia ni las autoridades se dignan intervenir en lo más mínimo, porque sería completamente inútil y acaso peligroso para el agente que intentase mezclarse en estos aspectos tan íntimos de la vida de los deportados, cuyos impulsos se hacen completamente irrefrenables al amparo de su conciencia de que todo lo han perdido y la vida no vale nada, porque si no es el clima son las enfermedades, y si no una bala, que nadie sabe de dónde ha partido, el epílogo de toda la tragedia del forzado de las colonias.

En las cárceles y presidios donde se pudren los condenados por delitos que aún no merecen el castigo de la colonia penitenciaria, los reclusos observan cierto recato en sus costumbres, al menos con relación a los funcionarios encargados de su custodia.

Mas en estas colonias no hay recelo que tener ni decoro que guardar: los actos sexuales contra natura se practican a la luz del día, a la vista de todos, como si se tratase de la más natural de las funciones orgánicas.

El invertido que goza de la protección de otro penado, vive y se comporta lo mismo que una mujer, y, a veces, visten ropas femeninas. Esto no puede extrañar a nadie, ni incluso a las personas honestas que viven en libertad, que ven en todo ello un acto natural. La familiaridad con el crimen lo es también con el vicio en todas sus formas.

En un presidio de Nueva Zelanda cayó un joven indio que estuvo dos veces al pie del patíbulo. Era un muchacho de veinte años, que capitaneó durante mucho tiempo una partida de bandoleros, pero con tal habilidad que no hubo medio de probarle algunos delitos que, indefectiblemente, le hubieran llevado a la horca.

A pesar de su gran virilidad para el crimen, era un invertido: durante varios meses fué el amante oficial de un poderoso brahmín, de cuya compañía fué arrebatado por otro pederasta, al que asesinó el muchacho. Una vez en la colonia penitenciaria, comprendió que toda su bravura probada con las personas decentes no podría servirle de nada entre aquella horda de feroces asesinos, de todas las nacionalidades, para los que la vida de un hombre no tenía ningún valor.

Como el joven era un bello ejemplar de la raza, no tardó en verse asediado por tres penados, que pretendían sus favores. Parece ser que se decidió por uno de ellos, y, en efecto, una noche se entrevistó con su galanteador en un almacén de herramientas situado a extramuros del edificio del penal. Otro de los galanteadores sorprendió a la pareja, y, corriendo, fué a comunicarlo al tercero, poniéndose los dos de acuerdo para arrebatarle la presa al más afortunado. Cuando regresaba al dormitorio, mientras uno sujetaba al indio, el otro asesinó por la espalda a su acompañante. Volvieron a reunirse para sortear la presa, que correspondió al asesino, el cual se fué a vivir con el indio, al que vistió de mujer e instaló en una cabaña que él mismo había construído cerca del penal.

Durante unos días, el penado vivió feliz con su amante; pero una mañana apareció éste muerto en la choza: el indio había desaparecido, y, a decir verdad, nadie se ocupó de su suerte, así como del suceso que había costado la vida a otro penado, hecho muy

frecuente y poco digno de atención. Transcurrió mes y medio, y apareció el indio. Habitaba en una casa de madera, en unión de dos jóvenes más, dedicados los tres a la prostitución por cuenta y en beneficio del presidiario que cooperó con el muerto para arrebatar al indio a su primer amante.

Con el fin de hacer más completa la ilusión de que el indio era una mujer, no se le ocurrió más que castrarle completamente; el tiempo que el muchacho faltó del penal, fué el que necesitó para curarse de las heridas producidas por la mutilación. El dueño de tan original prostíbulo había montado la casa con todos los refinamientos compatibles con los recursos de que podía disponer; pero tuvo que clausurar la casa por temor a morir asesinado por algún envidioso de su suerte. Después reanudó el negocio en sociedad con otros dos penados, y, a partir de entonces, los asuntos marcharon mejor, si bien hubieron de luchar contra los competidores clandestinos y con los que "legalmente" abrieron negocios semejantes. La casa a que aludimos era una mezcla de prostíbulo, *music-hall* y hotel, donde los penados podían encontrar toda clase de placeres homosexuales, sin prescindir de otras perversiones y prácticas refinadas de la más ardiente fantasía.

Los precios de la tarifa, mantenida con todo rigor, oscilaban entre una cesta de pescado fresco y veinte caparazones de carey: una perla daba derecho a diez o quince visitas a la casa, según el tamaño y un arma corta de fuego con una carga completa era el precio del "alquiler" por una semana del invertido que se eligiera para trasladarlo a las regiones del interior, especialmente a las explotaciones perlíferas (1).

Son numerosos los investigadores que se han ocupado de estudiar la vida sexual en las prisiones. El doctor Wey, médico que fué del reformatorio Elmira, de Nueva York, dice: "Uno de los elementos más perturbadores, entre los que tenemos que combatir, es la sexualidad. No tengo datos respecto al número de prisioneros que aquí pueden considerarse como perversos sexuales. En momentos de pesimismo, me encuentro inclinado a pensar que lo son todos; pero,

(1) Esto ocurría hacia el año 1905, según los interesantísimos datos que para mi libro *La sexualidad a través de los pueblos*, de próxima publicación, me han sido facilitados por Mr. Henry Gall, antiguo penado de Nueva Zelanda. *(Nota del autor.)*

probablemente, un 80 por 100 es un promedio razonable." Con referencia a la atracción sexual que unos presos ejercen sobre otros, escribe: "Hay muchos hombres que ofrecen caracteres femeninos y atraen a otros de una manera que me recuerda las perras en celo seguidas de una cuadrilla de perros."

Así, pues, si esto sucede en los reformatorios en cuyos establecimientos se recluye a aquellos individuos que la sociedad, la ley y la ciencia estiman susceptibles de ser regenerados, ¿qué ocurrirá en las penitenciarías donde son arrojados "por imposibles" a los criminales más empedernidos?...

Esto que ocurre entre los civilizados se observa igualmente en los pueblos semicivilizados y salvajes, en cuyas prisiones la catalogación de los delincuentes se realiza de una manera promíscua y uniforme, sin normas científicas: lo mismo se recluye al parricida que al desgraciado que robó un fruto para no perecer de hambre, no existiendo otra diferencia que la establecida por el tiempo que ha de durar la pena que nunca es igual para los dos casos.

En las cárceles de Marruecos, los primeros en prostituir a los presos son los mismos encargados de su custodia. Si se trata de muchachos jóvenes, a veces de ocho y nueve años, seguramente no son trasladados al rancho común hasta que los guardianes no han hecho uso de ellos en las formas más abominables.

Hay una casta en Birmania, la de los *dacoytas*, constituída en su mayor parte por peligrosos criminales. Un antropólogo dice que el tipo más repulsivo de la fealdad humana es el presidiario birmano, con su cabeza afeitada y el sello indeleble de "criminal" estampado en su cara viciosa. Los dacoytas tienen el cuerpo cubierto de dibujos fantásticos que consideran como amuletos contra la muerte y la captura. Algunos tienen filas de verrugas, de aspecto repulsivo, del tamaño de gruesos guisantes, sobre el pecho y los brazos, que indican el sitio que ocupan los amuletos, trozos de metal y otras sustancias inscriptas con caracteres conocidos sólo de los hombres que entienden en estos asuntos. En estas cárceles, donde se les somete a los más terribles martirios, se practican los actos homosexuales más repugnantes, a veces con una ferocidad sin límites. Míster W. Cunning dice acerca de estas gentes: "En cada cárcel de Birmania existe cierto número de individuos condenados a reclusión perpetua, energúmenos indiferentes, cuya presencia es una causa continua de temor para los que están encargados de su custodia." (Lámina I)

Los *malgaches* de Madagascar, hombres de una ferocidad implacable, no son menos viciosos que los dacoytas: cuando se les encierra en la prisión dan rienda suelta a sus impulsos lúbricos, hasta el punto de llegar al asesinato de los presos que se les resisten. (Lámina II.)

PRISIONES DE MUJERES

Los distintos efectos de la prisión en los dos sexos.—La mujer no tiene problema sexual. La masculinidad de las delincuentes.—Inversión auténtica.—Cómo se realiza la iniciación de una reclusa.—Proceso psicológico.—La gratitud. — La prisión de Saint-Lazare.—Escuelas de perversión.—Las venganzas terribles de las reclusas.—Los celos.—Instrumentos de placer.—Las invertidas sensibles.—La maternidad.—La mujer «padre».

En las poblaciones penales masculinas, como se ha visto, el vicio sexual se manifiesta de todas formas, hasta en los aspectos más trágicos y repugnantes, y con una violencia verdaderamente inaudita en la mayoría de las ocasiones, especialmente en las colonias penitenciarias. En el hombre, las manifestaciones del impulso que no puede satisfacerse naturalmente, son violentas, brutales, groseras y homicidas: es el instinto, en su forma más primitiva, lo que le impulsa a saciarse anormalmente de aquello que no puede obtener por los medios dignos y lógicos, comúnmente sin que estos actos tengan una inspiración sentimental, sino por acciones puramente mecánicas. Un preso se serviría de un animal cualquiera, preferiblemente hembra, para satisfacer su apetito. Si no tuviese una hembra, se conformaría con un macho; pero como tampoco puede disponer de estos animales, se sirve de los otros hombres. En primer lugar, naturalmente, desea a una mujer; en segundo, a un animal hembra; en tercero, a un animal macho, y, como último recurso, a un hombre. Es tanta su inmoralidad y su desprecio a las normas éticas, que tampoco le importaría servirse de un cadáver: algo, cualquier cosa que pueda servirle de base para forjarse una ilusión aproximada, aunque muy remotamente, a la realidad, le vale al penado para satisfacer sus anhelos eróticos.

Y no es preciso que se trate de un degenerado sexual: le basta con ser un gran criminal para que todos los actos perversos le pa-

rezcan tanto más naturales, cuanto que ya ha sido condenado por realizar uno de los aspectos de su mentalidad.

Esto no quiere decir que la mejor fórmula para regenerar a un gran delincuente consista en devolverle la libertad: pensarlo siquiera es un absurdo; pero si lo que se tratase de corregir en él fueran sus vicios sexuales, sólo la libertad tendría esa virtud natural. Queremos decir, ni más ni menos, que la causa de la perversión sexual de los presidiarios no es otra cosa que la consecuencia lógica de la falta forzosa de medios naturales de satisfacción del impulso.

Hemos hecho las consideraciones que preceden, como resumen de todo lo dicho en el anterior capítulo, para demostrar que la reclusión en la mujer actúa sobre su psicosexualidad de forma distinta a como se observa en el hombre.

Esta privación de libertad de una comunidad de mujeres—ya sean tan *buenas* que se trate de religiosas, o tan *malas* que purguen sus culpas en un presidio—representa, seguramente, una gran catástrofe espiritual en su vida—con relación a la sexualidad—; pero apenas si puede decirse que, en virtud de la reclusión, se les plantee un grave problema sexual a resolver, como generalmente le sucede al hombre. La mujer que ha delinquido, cuando ingresa en la cárcel, ya trae resueltos de la calle, desde hace mucho tiempo, todos sus problemas específicamente sexuales o carnales, si queremos decirlo más claro. Si vamos a hacer caso de las afirmaciones de los antropólogos criminalistas, la primera fase de la criminalidad en la mujer se manifiesta, si no en la prostitución, en la satisfacción prematura de su impulso sexual, y la última fase de su sexualidad se expresa en el delito, sea el robo, el infanticidio, el asesinato, etc. El equilibrio moral de la mujer, según estos tratadistas, depende de muchas circunstancias bastante complejas.

En una población penal femenina se encuentran muchas mujeres invertidas activas; pasivas, realmente, "pueden" serlo todas; porque conociendo el carácter femenino, en el cual la ternura es una de las manifestaciones raciales, se comprende que la privación de libertad, gran aflicción moral, constituya un elemento propicio para el desarrollo de toda su sensibilidad que ahora más que nunca se muestra anhelosa de ternura, de afectos y de caricias, que ya no puede recibir del mundo exterior de una manera prácticamente útil a su temperamento.

No cabe duda, aunque muchos criminalistas intenten negarlo, que en toda mujer delincuente reside un principio de masculinidad, cuya gradación está en relación directa con la magnitud del crimen cometido. Las recientes adquisiciones de la endocrinología, un grandioso avance científico que está llamado a revolucionar por completo la ciencia penal, demuestran, en muchos casos, de una manera terminante, que esas glándulas internas, a las que nunca se concedió importancia, representan la causa de muchas afecciones físicas y múltiples trastornos morales.

La mujer delincuente, lo mismo puede ser viril que extremadamente afeminada: tan afeminada, que su feminidad debe interpretarse muchas veces como la consecuencia de la falta de desarrollo o de función de cualquier glándula, de lo que resulta su debilidad mental. Por otra parte, si tenemos en cuenta la influencia que sobre la psique de la mujer ejercen sus estados particulares —pubertad, menstruación, menopausia—, veremos que en todo ello se advierte un trastorno funcional de las glándulas más importantes de la vida psicofísica del ser humano: el ovario, que corresponde al testículo.

En las cárceles de mujeres, más que en las prisiones masculinas, es donde la ciencia médica moderna puede encontrar las sugerencias y motivos mejor fundamentados para las reformas de los Códigos penales. Mas dejémonos de tales consideraciones, que ya tendrán cabida en el volumen correspondiente (1).

"En las prisiones y manicomios de Europa—dice un autor—, las prácticas homosexuales florecen entre las mujeres, probablemente, con el mismo vigor que entre los hombres. Hay razones para suponer que estos fenómenos son, en estos lugares, aún más marcados que entre los hombres (2). Estas manifestaciones son, a menudo, de acentuado carácter mórbido y también, con frecuencia, muy viciosas." (Ellis.)

Las características físicas y morales del sexo femenino, ya es-

(1) Véase volumen LVIII, *Los delitos sexuales.*

(2) En una prisión española un director se propuso reformar las costumbres homosexuales de las presas, pero éstas le hicieron tal oposición que se vió obligado a dimitir su cargo. Dice Salillas *(Vida penal en España)* que hay numerosas pruebas de la extraordinaria prevalencia del amor lésbico en las prisiones. Las *mujeres hombrunas* reciben nombres masculinos: Pepe, Chulo, Bernardo, Valiente; las recién llegadas son acosadas por una muchedumbre de mujeres lascivas que las anonadan con promesas de protección y dulces requiebros; el marimacho más robusto es quien obtiene más éxito; la iniciación se completa en un día y una noche. Véase también *La mala vida en Madrid*, de Constancio Bernaldo de Quirós. *(Nota de Havelock Ellis.)*

tudiadas al referirnos a la actitud de la mujer ante el amor y especialmente al desarrollo del impulso sexual, son las determinantes esenciales de su conducta sexual en los presidios. En las comunidades de hombres solos sin medio de relación sexual natural, la homosexualidad auténtica, es decir, la inversión, es mucho más rara que entre las mujeres. Puede decirse que entre hombres—presos, religiosos, soldados, marineros—la inversión se presenta de una manera excepcional, mientras que entre mujeres sólo ocurre excepcionalmente la satisfacción del impulso sexual, sin más motivos que la falta de medios naturales. Con esto, queremos decir que la mujer se habitúa mucho más pronto que el hombre, que su iniciación, como dice Salillas, "se completa en un día y una noche".

La recién llegada al penal, si es de carácter completamente femenino, en el aspeto sexual, aunque haya cometido un crimen que sólo pudiera concebirse realizado por un hombre, raramente mostrará resistencia al cortejo o al sitio que la pone un "marimacho", que ya será célebre en la prisión por su gran facilidad de conquista.

La táctica inicial de la conquistadora es, desde el punto de vista psicológico, idéntica a la que desarrolla el hombre, ya analizada en el anterior capítulo. Ahora bien, la diferencia estriba en que, mientras entre hombres, el proceso es más lento y muchas veces alcanza caracteres de violencia inusitada, como se demuestra por estas violaciones o "iniciaciones" forzosas, entre mujeres todo tiene lugar de una manera natural y tranquila, sin estridencias ni ruidos, como el hecho más natural que puede acontecer. Y es porque toda mujer, en más o menos temprana edad, ha experimentado impulsos homosexuales activos o pasivos en virtud de las presiones de la moral principalmente que la impedía, aparte otras razones, ensayar el procedimiento normal.

Una vez en el presidio, ya no son los tópicos morales los impedimentos, sino que, por el contrario, actúan ahora como excitantes, a lo que hay que añadir su anterior experiencia sexual.

Por otra parte, la debilidad natural de su carácter—si es, naturalmente, femenino—crea en su alma una necesidad imperiosa de protección, de consuelo, de afectos, de sinceridad. Si es cierto que todo delincuente, siempre que su moralidad no esté completamente deshecha, siente la necesidad de la pena inmediatamente después de haberse dado cuenta de la magnitud de su delito, esta disposición alcanza en la mujer proporciones insospechadas. Yo creo que no hay

un solo delito cometido por una mujer que haya quedado impune, aun en el más leve, con tal de que, mediante su comisión, se haya causado un daño físico a la víctima. La perversidad de las mujeres es más moral que material, sucediendo todo lo contrario en los hombres.

La "chulo" o el marimacho que ve llegar de la calle a una desdichada—durante los primeros días de reclusión, no hay una mujer que no se muestre sinceramente arrepentida de su delito—aprovecha su especial estado de ánimo para brindarle un gran sustitutivo de lo mucho que ha perdido, en su protección y en su afecto. ¿Y qué más puede anhelar aquélla que, delinquiendo gravemente por vez primera, "no está hecha" al dramático ambiente presidial que tan rigurosamente contrasta con su libertad perdida, que otra compañera, tan infortunada como ella—o menos, porque "ya está hecha", la brinde unos sentimientos en los que hay tanta caridad como comprensión?...

La iniciación, repito, se completa en un día y una noche; y es cierto, sin duda alguna. Ahora bien, que se trata de la iniciación completamente pasiva, cuyas modalidades son absolutamente iguales a aquellas en que se manifiesta la mujer que en el amor normal se entrega a un hombre, no porque anhele encontrar en el acto ninguna emoción erótica, sino por amor hacia él, porque él goce, porque él lo desea...; en la presa, al amor lo ha sustituído la gratitud, y no hay que olvidar que, en la vida normal, el sentimiento de la gratitud adopta muchas veces las formas internas del amor.

El marimacho que tan buena acogida ha dispensado a "la nueva", es, casi siempre, una homosexual, y, a más de ello, menopáusica. Su pecho desborda de anhelos pasionales: necesita alguien a quien comunicar esos ardores que no puede contener; es sincera en su amor, por decirlo así, tanto como pueda serlo un hombre enamorado de fácil impresionabilidad. Y además de todo esto, no cabe duda que una imperiosa voz interior, algo brutalmente instintivo, la impulsa a obtener en los placeres la compensación del dolor, ya anquilosado, de la pérdida de sus derechos de mujer libre. Todo esto, por parte del sujeto activo.

Por la de la recién llegada, completamente pasiva, sinceramente, todo el dolor de su prisión la ha insensibilizado su sexualidad; piensa en todo menos en eso, y ahora, siquiera en lo epidérmico de su alma, guarda a la protectora, que tan desinteresadamente la brinda consuelo, una gratitud desmesurada, puesto que no ha hecho

nada ni puede hacerlo en cuanto a lo que se refiere al aspecto central de su desgracia.

A lo mejor, la vieja reclusa le hace objeto de atenciones y de pequeñas delicadezas que no recibió en su vida libre, o, por mejor decir, que no las concedió importancia. Tales muestras de afecto adquieren entonces unas proporciones gigantescas, que se concretan en un punto esencial para su egoísmo: que no está sola, que no está desamparada, que ya hay alguien que se interesa prácticamente por sus inquietudes espirituales.

La iniciación se realiza casi insensiblemente. La antigua reclusa espera la noche y la intimidad del rancho, hora en que su compasión debe manifestarse con caricias prácticas a las que la recién llegada no opone resistencia, porque no ignora su finalidad; porque, realmente, en su pensamiento y en su corazón no hay más que gratitud hacia la protectora.

"—¿Cómo pagarte lo que por mí haces?"—inquiere la novata.

Esto quiere decir que está dispuesta a todo, con tal de demostrar su gratitud creciente. Y como la enamorada heterosexual ve a su protectora que ejecuta con ella todos los actos que le sugiere su fantasía de doctora en estas artes, actos que a ella le dejan indiferente, pero que sirven de placer a la vieja homosexual. La deuda empieza a ser pagada en la única moneda que puede apetecer el marimacho.

La iniciación que Salillas dice que se efectúa "en un día y una noche", se refiere solamente a la parte que concierne a la iniciadora; pero sólo de una manera excepcional, desde el punto de vista de la iniciada; ésta, repetimos, no ha hecho más que cumplir con un deber de gratitud. El hecho no la plantea ningún problema moral, en primer lugar, porque, desde el momento en que ha ingresado en el presidio, se ha hecho en su conciencia la convicción de que la moral es una carga inútil, o, por mejor decir, que es una mujer sin moral; algo que, para ser consciente, es algo triste y despreciable. Sólo al cabo de algún tiempo termina por comprender que lo que ella hizo como una prueba de gratitud hacia su protectora, no es más que lo que han hecho antes que ella las demás reclusas.

Estos primeros amores, las *fiammas* (llamas), como se dice en Italia, no duran más tiempo que aquel que tarda la nueva reclusa en darse cuenta perfecta del ambiente del presidio. Al principio, esas relaciones homosexuales, sin serla repugnantes, la dejaron indiferente; las otras preocupaciones de su situación absorbieron por

completo su espíritu, y, a medida que fué pasando el tiempo, días nada más, si la perversión tomó algún arraigo en su temperamento de hembra pasiva, recobró cierta independencia, y se deja galantear por las demás activas que siempre tendrá en pos de sí. Ya se ha olvidado bastante de su vida libre, y serenamente ha tenido tiempo de meditar acerca de la gravedad de su pena: "se ha hecho" al presidio y a la perspectiva de los años de la condena.

Entonces, ya busca su conveniencia o su comodidad y hasta la forma más adecuada para dar satisfacción a sus gustos homosexuales. Como en la vida heterosexual libre, las escenas de galanteo se desarrollan con una normalidad absoluta, y hasta pudiera creerse que las galanteadoras, es decir, las activas, son hombres disfrazados de mujeres. Una escritora, que vivió un mes entre las reclusas de un reformatorio, me aseguraba que, en algunas ocasiones, a la vista de la actitud de unas y otras, la costaba trabajo convencerse de que, en realidad, se trataba de mujeres.

La presa homosexual se comporta con libertad absoluta, mientras que la invertida que vive libre, sólo puede expresar sus sentimientos con grandes restricciones. Toda la hipocresía que constituye el fondo de las relaciones sociales, desaparece por completo en el ambiente del presidio: es el instinto que se muestra desnudo, en toda su crudeza o en todo su esplendor, sin trabas ni cortapisas, claro, brutal, diáfano, tal cual es; los presos son los seres más sinceros qu pueblan la tierra.

La célebre cárcel de mujeres de París, Saint-Lazare, albergue habitual durante algunos meses del año de casi todas las prostitutas de la gran ciudad, es la escuela de homosexualidad femenina más famosa del mundo. Todas las prostitutas son homosexuales, en mayor o menor grado, y no habrá una sola que, aunque sea por simple curiosidad, no haya practicado cualquier modalidad del amor lésbico.

No obstante, hay muchas, infinitas, que sólo lo han hecho "por deporte" o por distracción, y rara vez atendiendo a las apelaciones violentas del instinto; pero en cuanto trasponen las puertas de la prisión, parece que la impotencia, la rabia o la desesperación inducen a estas mujeres a mostrar toda la brutalidad y hasta la maldad, muchas veces inconsciente, de su instinto perverso. La que entra buena, sale sin serlo; el ambiente acabó por destruir todo el sentimentalismo, más o menos remoto, que palpitaba en su alma; sólo al cabo de algún tiempo de vida libre recobran las virtudes que

hubieron de dejarse a la puerta de Saint-Lazare como un lastre pesado e inútil.

En las cárceles de estas grandes ciudades, no hay dominadoras ni dominadas: todas son iguales. Las amistades íntimas se entablan con la máxima libertad de elección, y puede asegurarse que todas las reclusas practican la homosexualidad en todas sus manifestaciones.

La mujer que cae en este ambiente, aunque no pertenezca a la prostitución, aunque sea muy honesta, deja bien pronto de serlo; de lo contrario, habría que sufrir las burlas de las demás, y la vida se la haría punto menos que imposible, para lo que el resto de las presas, unidas en una sola voluntad, recurren a todos los procedimientos por perversos que sean. Por lo general, la resistencia a los requerimientos de los marimachos no dura mucho tiempo, y no hay más remedio que pasar por las horcas caudinas de la homosexualidad forzosa, sea activa o pasiva: el caso es no distinguirse entre la comunidad.

La maldad de la mujer en este aspecto alcanza unos caracteres de refinamiento que parecen increíbles. Lo más frecuente es que varias reclusas, puestas de acuerdo, ejecuten cualquier fechoría, como un robo de prendas, la destrucción de un mueble, de un instrumento de trabajo o algo análogo. Cuando se descubre la hazaña, las combinadas declararán que ha sido obra de la odiada, aportando toda clase de detalles que no dejen lugar a dudas. El final de todo esto es la celda de castigo, que es lo que se trataba de conseguir. La inculpada cumple el arresto y recobra la libertad, y las enemigas vuelven a la carga. Y si se resiste, otra nueva fechoría, de la que será inculpada de nuevo, la reintegra a los calabozos. A la tercera reincidencia, nada la librará de ser castigada a ejecutar los trabajos más rudos y repugnantes.

Una empleada de ciertos almacenes, que cumplió una condena de seis meses en la prisión de una ciudad importante, me refirió cómo fué víctima de las infames maquinaciones de sus compañeras por haberse negado resueltamente a someterse a sus caprichos homosexuales.

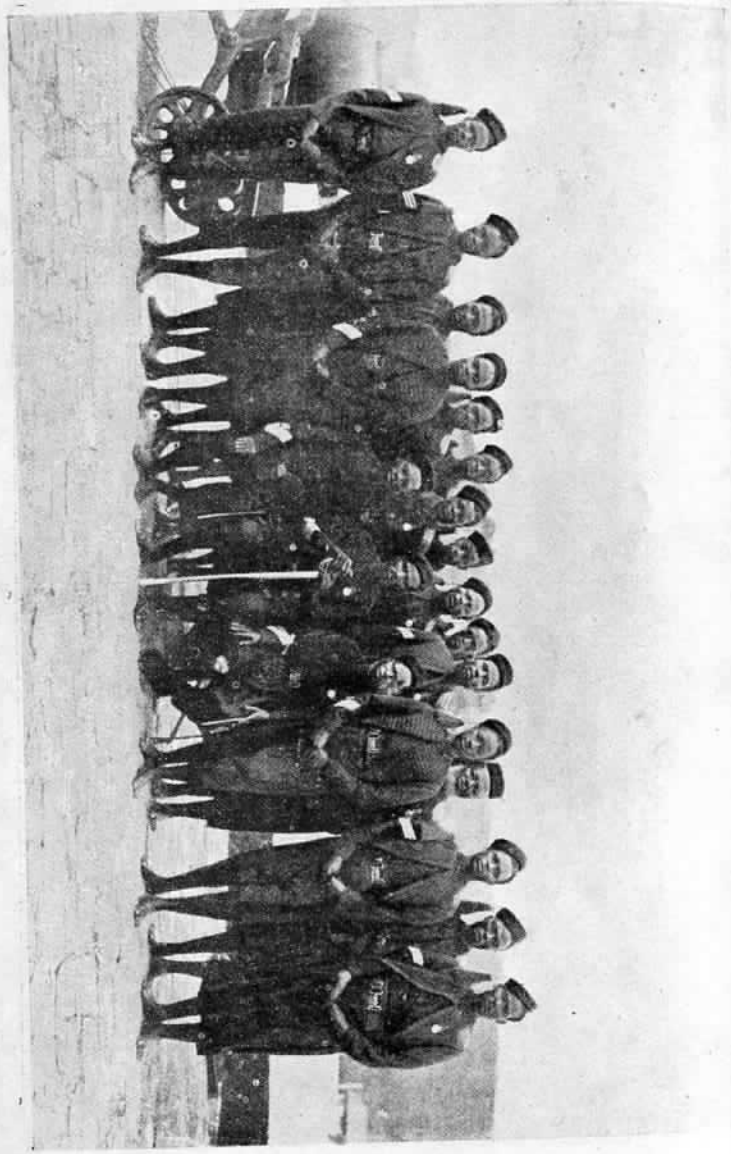
El procedimiento que pusieron en juego consistió en desgarrar las sábanas de varios lechos. Inmediatamente denunciaron lo sucedido, aunque asegurando que ignoraban quién pudiera ser la autora de los destrozos. Dos o tres días más tarde, se volvió a repetir la operación en el mismo dormitorio, y ya dos reclusas manifesta-



«PETIT PORTEUR» MARROQUÍ

Las tropas coloniales de Marruecos tienen resuelto el problema de su aislamiento de las mujeres sirviéndose de los oficios de estos pequeños viciosos de los campamentos.

LAMINA III



SOLDADOS HAUSAS

Las tropas coloniales que cuentan en sus contingentes con un batallón de soldados hausas, encuentran en la inversión de estos individuos un sustitutivo de la sexualidad normal.

LAMINA IV

ron que habían visto a la muchacha penetrar en aquella nave, llevando un objeto metálico en la mano. Siguió la confabulación, y cada día aparecían nuevas sábanas rotas. Hasta que se pudo descubrir a la autora, transcurrieron dos semanas de inútiles pesquisas y de continuos destrozos. Una reclusa dijo que la joven aludida maniobraba de cuando en cuando en el colchón de su cama cuando todas estaban acostadas, lo que la indujo a sospechar algo anormal, poniéndolo en conocimiento de la celadora a fin de evitar que fuese castigada una inocente.

La denunciante gozaba fama de "soplona", pero como quiera que era una buena amiga de la denunciada, rogó que no se dijese quién había hecho la denuncia. En efecto, se registró el colchón, y entre la paja fué hallada una cuerda de diez metros construída con tiras de sábana. Nadie se había dado cuenta de que los desgarros de las sábanas eran dos en lugar de uno, correspondientes a una franja de tela de veinte centímetros de anchura.

Aquel hallazgo demostró que se trataba de una tentativa de evasión, y, aunque la acusada hizo toda clase de protestas de inocencia, fué condenada a varios meses de calabozo y recargada la pena por negarse a dar los nombres de las reclusas que habían tramado la fuga con ella, así como la forma en que pretendían realizar la evasión.

Estas confabulaciones son verdaderamente terribles, pues, a veces, está complicada en ella la población entera del presidio. De la misma manera, resulta imposible descubrir a la autora de una falta o de una fechoría grave, aunque todas las reclusas sepan quién las cometió.

Una reclusa puede hacer todo cuanto se le antoje, siempre que no perjudique a sus compañeras, menos oponerse a los deseos sexuales de cualquiera de ellas. La castidad suele pagarse tan cara que, cuando la perseguida empieza a tocar las consecuencias de su obstinación, no tarda en ceder a las solicitaciones de sus galanteadores, en cuyo momento el panorama cambia completamente.

Rara vez se manifiesta la violencia en estas pasiones, a no ser que se trate de grandes pervertidas. No obstante, los celos son frecuentísimos en los presidios femeninos, y, cuando esto ocurre, no es raro que terminen trágicamente. Por lo general, es la venganza el arma preferida, sobre todo cuando no conviene a la reclusa significarse demasiado en sucesos que pueden dar lugar a castigos o al aumento de la pena. Es mucho más fácil encargar a otra re-

clusa de aplicar el castigo que la interesada no se atreve a ejecutar, sin más que indisponerlas con cualquier pretexto, generalmente probando por medio de testigos falsos que la segura víctima la ha hecho objeto de malos tratos de palabra o ha revelado secretos graves relacionados, por lo común, con el delito que la llevó a la cárcel.

Entonces riñen las dos mujeres, y ambas son castigadas; ahora bien, se carga la culpa a la que se trata de perjudicar que, casi siempre, es totalmente ajena a la infame intriga.

Cuando los celos llegan a la desesperación, una horquilla, un trozo de vidrio, una cuchara de mango puntiagudo y afilado u otro instrumento cualquiera sirven para saltar un ojo o inferir un corte en el rostro, que desfigura a la traidora para siempre. Estos crímenes suelen cometerse casi siempre a sangre fría, bien personalmente o valiéndose de otra reclusa que se encarga de ejecutar la sentencia durante el descanso o cuando concurren circunstancias que tiendan a asegurar la impunidad.

En cuanto a los métodos de satisfacción erótica de estas verdaderas fieras humanas, puede decirse que son tan diversos como sugiere la fantasía. Como quiera que no se trata de invertidas auténticas, en la mayoría de los casos, se tiende a remedar en todo lo posible la relación sexual normal. La que actúa de macho opera provista de un falo construído de madera, forrado de tela o de cuero, sujeto a la cintura por medio de unas cintas, y dispuesto de tal forma que ambas puedan satisfacerse. He tenido ocasión de examinar uno de estos instrumentos de cerca de cuarenta centímetros en forma de ángulo obtuso de vértice curvado, que se utiliza introduciéndose cada una une de los extremos. El artefacto se lo sujetan ambas a la cintura en forma que parece que están atadas.

Las relaciones más duraderas y también las más honestas, son las que entablan las invertidas *pur sang*. La activa es casi siempre un marimacho, y la pasiva, todo lo contrario: sumisa, dulce, tolerante y sensible, no puede vivir sin la protección y el cariño de su amiga que ha reemplazado en sus sentimientos los afectos que tuvo en la otra vida.

Es curioso observar a estas sensitivas cómo se conmueven ante el dolor ajeno, cómo realizan aspavientos cuando, en una trifulca, ven brotar una gota de sangre o proferir palabras malsonantes. Me refieren el caso de una pervertida pasiva—acaso invertida congénita—de carácter pusilánime, muy femenina, de desarrollo deficiente,

que se asustaba como una niña, buscando protección al lado de su amante siempre que entre las reclusas se armaba alguna zambra. Esta infeliz, que en el ambiente de la vida libre hubiera inspirado más compasión a las gentes que la rodeasen, cumplía condena: primero, por haberse entregado a un hombre, sin ser casada; segundo, por haber dado a luz; tercero, por haber degollado a su hijo, y, cuarto, por haber hecho desaparecer sus restos en la hornilla de cock de la cocina. No sabemos si tendría razón para entregarse a un hombre y dar a luz después: un moralista hipócrita diría que no; pero en la comisión del delito de asesinar a su hijo, descuartizándole y quemándole, no tuvo razón ninguna.

Y en vista de todo ello, menos razón tendría para asustarse ante la vista de una sola gota de sangre, cuando no se conmovió siquiera al empaparse las manos con la de aquel inocente hijo suyo que sacrificó en holocausto de ese Moloch sanguinario e implacable que se llama Moral. Luego su vida emotiva más sana y más sincera, resulta que la vivía en presidio, entre los malos, donde los sentimientos nobles se atrofian y la inmoralidad y la violencia son las únicas leyes respetables.

El sado-masoquismo es también una práctica común en estos grandes amores de las reclusas lesbianes; pero, por lo general, suele ser más moral que físico. El sadismo físico, que puede existir independientemente del amor espiritual, es una modalidad bien conocida del deseo físico. En el amor heterosexual, las mujeres de pasiones violentas o profesionales del sexo, creen que un hombre no las quiere hasta que no las hace víctima de malos tratos de obra; pero para una pasiva sentimental y sensible, la homosexual que se comporta de la misma manera que una prostituta, quiere que con ella lo haga su chulo, deja de inspirarle afecto, dando lugar al desamor y a la repugnancia.

En este trance es cuando la reacción del marimacho se convierte en ansias de venganza, adoptando los métodos más feroces o los más insidiosos, que hemos referido. En la vida libre, la mujer homosexual pasiva soporta los movimientos sádicos de su amante, por la razón sencilla de que ella es masoquista; pero en la prisión, los procedimientos algolágnicos son ineficaces y contraproducentes; ¿por qué añadir más dolor a los infinitos que lleva consigo la triste situación de la reclusa?

Este fenómeno tan natural no ha sido estudiado por los psicólogos.

Para la única presa que no existe problema sexual es para aquella que es madre. A veces, hay otras compañeras que en el hijo ajeno centran todo su cariño, y el instinto maternal sustituye al impulso sexual. El director de un reformatorio americano, que realizó muy curiosas investigaciones en este aspecto, acabó por convencerse de que la sexualidad de las reclusas quedaba notablemente reducida, al menos en sus expresiones más violentas, tan pronto como pudiera llenarse su espíritu con afectos sinceros. Hizo la prueba fingiendo cartas dirigidas a las presas más rebeldes por supuestos admiradores, o bien valiéndose de la cooperación del director de un correccional de hombres que seleccionó a varios reclusos. Por este procedimiento creó relaciones amorosas y hasta se concertaron matrimonios que tuvieron lugar sin conocerse los esposos.

Una mujer que permaneció seis años en un correccional, afirma que hasta en las relaciones homosexuales existen infinitos detalles que revelan la gran influencia del instinto maternal en la moral de las presas. Muchas amistades íntimas no tienen otro objeto, y así se observa que la vieja reclusa llama "hija" a su amante, y ésta la corresponde con el apelativo de "madre". Claro es que en muchas ocasiones, todo este convencionalismo se hace compatible con lo que pudiéramos llamar "homosexualidad incestuosa". Si fuese posible realizar una selección entre las reclusas, teniendo en cuenta el grado de su depravación o de su moral, cree mi informadora que el mejor remedio para evitar ciertos espectáculos de bochornosa brutalidad, consistiría en dejar a las reclusas que fuesen madres vivir con sus hijos.

Esto solucionaría el problema, seguramente, en lo que afecta a dichas madres; y en cuanto a las solteras o mujeres sin hijos, a no ser que se tratase de invertidas auténticas, la gran solución estribaría en hacerlas madres también.

La perversidad sexual de la mujer se afina en el presidio. Aquella que quiera seguir siendo perversa, encontrará medios múltiples para satisfacer todos sus impulsos; mas la que se proponga regenerarse, "ser buena", tropezará con muy serias dificultades. "Sólo se salvan las madres", afirmaba una ex reclusa. Y esto tiene su explicación.

El instinto maternal se agudiza tanto—un hombre jamás podrá experimentar estas emociones con relación a la paternidad—que la madre, por el sólo hecho de serlo, inspira al resto de la comunidad un respeto profundo y sincero, no por ella, principalmente, sino por el hijo.

Hubo en un correccional de cierto país suramericano un marimacho absolutamente viril, de nacionalidad francesa, que, como siempre que ingresaba "una nueva", procuraba conquistarla, lo que rara vez dejaba de conseguir. En una ocasión, ingresó una joven que asesinó a su padre por oponerse a que prosiguiera sus relaciones con un antiguo amante, por lo que fué condenada a veinte años de reclusión.

El marimacho, siguiendo la táctica habitual, se adueñó de la voluntad de la parricida, haciendo de ella su amante; entre aquellas mujeres se desarrolló una pasión intensa, hasta el punto de que la conquistadora abandonó a sus antiguas relaciones. Al poco tiempo, la muchacha advirtió que estaba embarazada, ya que mantuvo relaciones sexuales con su amante, aunque esto ocurrió por última vez tres días antes de cometer el crimen y un mes antes de ingresar en presidio, o sea el tiempo que se invirtió en la tramitación de la causa. Por uno de esos raros fenómenos de la procreación, la joven dió a luz a los nueve meses y dos días de haber ingresado en la cárcel, lo que motivó determinadas sospechas de las que no salían bien librados los oficiales de la prisión. No obstante, dada la severa disciplina y la absoluta incomunicación del personal masculino y la población penal, la hipótesis hubo de ser desechada por absurda; pero lo más absurdo ocurrió después.

La joven no había tenido relaciones sexuales más que con su amiga homosexual, de lo que ésta estaba persuadida también, hasta el punto de que dicha invertida, muy religiosa por cierto, creyó ciegamente que se había operado el milagro de que ella fuese el padre (!) de la criatura. Hubo reconocimientos médicos, suposiciones milagreras y sospechas de la intervención del diabio. Los médicos afirmaron que dicha mujer, a pesar de sus rasgos viriles, era, en efecto, un individuo del sexo femenino, hecho que no dejaba lugar a dudas.

Pero la homosexual y la madre del niño quedaron tan convencidas de que se había operado un milagro, que, cuando la supuesta padre salió de la prisión, reclamó a "su hijo" para educarle, a lo que, naturalmente, no accedió la madre ni las autoridades, ante quienes reclamó esta mujer que, tres meses más tarde, era recluída en un manicomio. El presidio la había trastornado la razón.

LA SEXUALIDAD EN LOS CUARTELES

El ambiente del cuartel, contrario a la homosexualidad.—La ausencia del factor económico.—El prestigio del uniforme.—Los consejos de cuartel sobre la vida sexual.—Los preventivos venéreos.—La actitud del campesino español.—Los ingleses, alemanes y austriacos. Prostitución entre los soldados.—La homosexualidad en las trincheras.—Los enamorados del uniforme.—Prostitución infantil.—El bestialismo.

Hemos pasado revista a los aspectos que adopta la sexualidad en las grandes aglomeraciones de individuos del mismo sexo sometidos a disciplinas que llevan consigo el apartamiento o la imposibilidad de mantener relaciones con los de sexo distinto. No cabe duda que esa imposibilidad de satisfacer los impulsos naturales, lejos de obrar como un freno, constituye uno de los elementos excitantes más poderosos, por aquello de que no hay nada que más se apetezca que lo que no se posee, y, más aún, cuando esa impotencia obedece a causas completamente artificiales que, por si todo fuera poco, pugnan con el más justo y natural de los derechos animales.

Aparte de los presidios, los cuarteles militares, donde se congregan individuos de las más diversas culturas, de todos los temperamentos y de las más extrañas morales, ofrecen al observador aspectos curiosísimos que nunca adoptan las formas dramáticas de los presidios, sino que, por el contrario, se manifiestan casi siempre con un carácter más bien cómico, aunque, a veces, las expresiones sean antinaturales y repugnantes.

En el cuartel puede haber invertidos congénitos o auténticos simplemente, pero no será posible encontrar muchos pervertidos por el ambiente; por lo menos, el cuartel no es el terreno más adecuado para que prosperen las tendencias homosexuales de algún soldado, ya se trate de un invertido o de un pervertido.

Verdaderamente, las únicas dificultades que encuentra el soldado para la resolución de sus problemas sexuales estriban en el factor económico, que siempre es un elemento que pugna con la violencia de los impulsos naturales de mucho mayor volumen que lo que representan sus posibilidades adquisitivas.

El recluta que llega a la ciudad procedente del campo, se encuentra con una atmósfera llena de magníficas sugestiones que le alucinan y que, indefectiblemente, vienen a ejercer su máxima influencia sobre el punto central de su juventud: la sexualidad.

A partir de este momento, el recluta cifra en el uniforme las máximas esperanzas, porque no puede desprenderse de la idea de que en su pueblo no habrá una joven que deje de sentirse casi fascinada por el porte bizarro que le prestan las prendas militares. Claro es que, en la ciudad, este detalle carece de importancia, y la solución, triste le es pensarlo al defensor de la patria, se asienta sobre bases mucho más materialistas y positivas que el brillo de los botones del uniforme.

La prostitución le ofrece el gran recurso para calmar sus ardores temperamentales. Acerca de este tema suele escuchar las conferencias que, con mejor voluntad que éxito, pronuncian en los cuarteles los soldados distinguidos, los sargentos y hasta algún médico que cumple lo mejor que puede las disposiciones, casi siempre absurdas, que emanan de la superioridad paternal e indocumentada.

Se empieza por aconsejar al recluta que evite en lo posible el contacto carnal con las mujeres que, a bajo precio, venden sus favores en los prostíbulos y en las inmediaciones de los cuarteles, con el fin de alejar el peligro de las infecciones venéreas, acerca de lo cual se les pinta un panorama verdaderamente terrorífico de sufrimientos, enfermedades y peligros de todo género.

En último caso, como quiera que, por parte de los consejeros, existe la convicción absoluta de que todos aquellos discursos no conducen a ningún fin útil—y más bien diríamos que obran a modo de estimulantes—, se prescribe al recluta el empleo de los profilácticos "en la forma que indican las intrucciones", pero sin saber de antemano si el soldado sabe leer o no. Se refieren varios casos de individuos que sufrieron intoxicaciones graves por haber ingerido una porción del contenido de los tubos, creyendo que su empleo era por vía digestiva. Un recluta, que regresó con licencia a su pueblo, se llevó más de veinte tubos de pomada preventiva, que regaló a

sus amigos, cazadores. Aseguró que en el cuartel lo empleaban con gran resultado en la limpieza y engrase de los mecanismos de las armas de fuego. Estos casos han sido observados en España.

La homosexualidad en nuestros cuarteles es un fenómeno casi desconocido, sobre todo cuando la mayoría del contingente está constituída por mozos pertenecientes a los distritos rurales. En cambio, refiriéndonos a los cuarteles ingleses y alemanes, parece ser que las cosas varían mucho.

La repugnancia que el joven campesino español muestra hacia la homosexualidad se caracteriza, principalmente, por un sentimiento moral. Ser "maricón" en España—seguimos refiriéndonos a los distritos rurales—es más denhonroso y despreciable que ser ladrón o asesino. Para la comisión de estos delitos siempre puede haber un motivo que se funda en la virilidad, motivo que, hasta cierto punto, reduce la magnitud del hecho; pero aquel que practica la pederastia, sea activa o pasiva, "no tiene perdón de Dios".

Por muy zafio e inculto que sea un joven campesino, a no ser que se trate de un anormal, jamás dejará de comprender que sus actos homosexuales le deshonran, no sólo a él, sino a toda su familia. Es más tolerable que una muchacha se prostituya, que se prostituya un hombre: caería sobre él todo el desprecio de sus convecinos, aunque se tratase de un idiota.

En Inglaterra, según un autor, ocurre todo lo contrario. "En esta materia—dice—como en otras muchas, según reza el "folklore", el hombre civilizado inculto está estrechamente ligado al salvaje. Me aseguran que en Inglaterra el soldado no tiene inconveniente en prostituirse con un hombre de posición social que le pague, aun cuando prefiere las mujeres; se considera Hyde Park como un centro de prostitución masculina."

Un corresponsal de un tratadista inglés, escribe: "Entre las clases trabajadoras de Inglaterra y Escocia el compadraje es muy marcado, aunque no muy consciente (contrario a lo observado en Italia). Con frecuencia, los amigos se besan, si bien este hábito varía mucho en las diferentes agrupaciones y tertulias. Comúnmente, los hombres duermen juntos, y esta circunstancia engendra familiaridad. En ocasiones, aunque no con frecuencia, estas relaciones dilatan el casamiento, y, en algunos casos, es altamente apasionada y romántica. Sin duda, entre las masas se encuentran, aquí y allá, casos de enorme impropiedad en esta dirección; pero no existen prostituídos (que yo sepa), cuya clientela esté constituída por trabaja-

dores. Esta clase de prostitución es bastante frecuente en Londres; pero personalmente, me es muy poco conocida. Muchos jóvenes viven en lujosas habitaciones pagadas por hombres acaudalados, y no son enteramente inaccesibles a los demás. Otros se sostienen en habitaciones de alquiler por este medio, y el resto se allega un miserable jornal por el mismo procedimiento; exactamente como las mujeres. Los acólitos refuerzan considerablemente las filas, y *aún con más profusión, los soldados, pues algunos cuarteles son grandes centros*. En las noches de verano, en Hyde Park y las inmediaciones pululan los granaderos y otros militares, con uniforme o de paisano, ejerciendo un activo y ostensible comercio. En algunos casos, todo se reduce a pasar el rato conversando en un banco retirado o tomando unas copas en la taberna; otras veces es preciso alquilar una habitación en algún hotel o casa, cuyo dueño se presta a esta clase de negocios. En todo caso, significa una codiciada adición al haber de Juan soldado."

Otro autor, Raffalovich, hablando de Londres, dice: "El número de soldados prostituídos excede al que pudiera pensarse. No se exagera nada afirmando la venalidad de la mayoría de los individuos que componen ciertos regimientos." Y a propósito de esta afirmación, dice Havelock Ellis, que "es de notar que existe perfecta inteligencia entre los soldados y la Policía, dispuesta siempre a prestarles ayuda y consejo en estos asuntos".

Con relación a Alemania, Bloch hace resaltar el contraste de la virilidad y la perversión sexual, perfectamente compatible entre los oficiales del Ejército: "Que esto ocurre en muchos casos de viril homosexualidad, lo prueba el hecho de que muchos individuos homosexuales, sobre todo oficiales, pertenecen al Ejército, y en éste, en lo referente a la virilidad, son grandes las exigencias".

En los alojamientos de las tropas austriacas, según dice Ulrichs, el vicio homosexual está tan extendido y se considera tan natural, "que se dan lecciones a los cadetes y soldados sobre los vicios homosexuales".

En Berlín, lo mismo que en Viena, existen tabernas en las inmediaciones de los cuarteles que lo mismo las frecuentan los soldados que los cadetes y oficiales que acuden en busca de aventuras homosexuales. También son frecuentadas por invertidos civiles, que prefieren a los hombres uniformados para la satisfacción de sus apetitos.

Esta homosexualidad o, por mejor decir, prostitución, de los

soldados, lejos de ser deshonrosa, se estima como un medio escasamente censurable de añadir unos marcos al haber semanal. Dentro de los cuarteles sucede lo mismo; pero, en este caso, son los oficiales o soldados ricos los que buscan individuos que se presten a sus caprichos, siempre con ese carácter de prostitución.

El soldado que por este procedimiento aumenta sus haberes, suele tener una querida de tanta "categoría" como le permite el dinero que obtiene en virtud de su comercio homosexual, lo que no parece rebajarle ante los ojos de la amante, ya que ella, a su vez, nada tiene de particular que satisfaga los deseos de cualquier viciosa. En una ciudad alemana fronteriza con Bélgica, un soldado de Caballería complacía a un capitán y a su esposa, estando los tres en la mejor inteligencia.

Durante la Gran Guerra, no hubo ejército beligerante en el que la homosexualidad no se manifestase en todos sus aspectos, desde la inversión auténtica, con sus caracteres más apasionados, hasta la perversión o el vicio más depravado. Al decir de un autor alemán, buen patriota además, que combatió en las trincheras durante los tres últimos años de la contienda, el vicio homosexual estaba tan arraigado que, de haber caído una mujer entre aquellos hombres, "es fácil que nadie la hubiera prestado mucha atención". Las prácticas se llevaban a cabo en cualquier parte, por lo general, a escondidas: una trinchera destruída, un nido de ametralladoras, el interior de un vehículo o el hoyo abierto en tierra por la explosión de un obús, servían a las mil maravillas para satisfacer unos deseos que no podían ser colmados, naturalmente. No había activos ni pasivos, por regla general: todos ejecutaban los mismos papeles sin que mediase el menor interés.

En Francia no son menos solicitados los soldados que en Inglaterra o en Alemania. Según un escritor, en París y otras ciudades donde existe mucha guarnición militar, hay casas especiales dedicadas a la prostitución de los soldados. Por lo general, estos hábitos son contraídos en Argelia, propagándose extensamente en la metrópoli hasta el punto de afectar a regimientos enteros. Por lo común, casi todos estos soldados que se prostituyen lo hacen por los beneficios económicos y hasta por las influencias que pueden obtener, pero rara vez por inversión adquirida o vicio homosexual.

La más extraña particularidad que concurre en las causas de la solicitación de los soldados, es el uniforme, su arrogancia marcial y otros detalles externos que nada tienen que ver con la persona-

lidad, ya que estos mismos individuos, vestidos de paisano, pasarían desapercibidos entre los homosexuales de esta predilección.

No es sólo el uniforme militar: cualquier uniforme puede producir la misma sugestión, especialmente los de los ayudas de cámara. Un individuo que dirigió una confesión a Emilio Zola con el fin de que viese si en ella podría encontrar motivos para una novela, y que el escritor comunicó al Archivo de Antropología Criminal de París, se sintió, en principio, atraído por los criados de su casa, que estaban uniformados. "Es verdad—decía—que prefiero las personas distinguidas y bien arregladas, sobre todo los militares." Es un invertido pasivo.

Uno de los días más felices de su vida fué aquel en que ingresó en un cuartel para cumplir sus deberes militares. En esta parte de sus memorias empezamos a reproducir lo que sigue: "Habían pasado seis meses, y llegaba la primavera. Parte del regimiento fué licenciado, y otros pelotones vinieron a reemplazar a los que se marchaban. El día que llegaron los nuevos reclutas hubo una verdadera revolución en nuestra compañía.

"Aproveché la confusión para cambiar de sitio y colocar mi cama en el rincón más cómodo y apartado de la habitación. Al lado de mi lecho colocó el suyo el sargento que mandaba el pelotón que acababa de llegar. Era un hombre joven (veinticinco o veintiséis años) y muy guapo. Al principio, no me fijé en él ni le presté la menor atención. Era silencioso y modesto, amable con los soldados y hablaba muy poco fuera del servicio. Mandaba su pelotón con mucha gracia y energía, y pronto le admiré por la forma encantadora y caballeresca con que dominaba a su caballo. Le hacía franquear, en la plaza de armas, fosos y obstáculos, ante los cuales sentía yo un miedo atroz.

"Ordinariamente, el sargento se acostaba muy pronto, mientras que mis compañeros y yo, que íbamos al teatro o nos quedábamos en la cantina del regimiento, cenando alegremente o tocando algo de música, nos metíamos en la cama bastante tarde. Una noche, acometido por no sé qué idea, dejé a mis compañeros, y me retiré al dormitorio. Muchos soldados se habían acostado ya, y el sargento estaba comenzando a desnudarse.

"Hice lo mismo, y me dispuse a acostarme, sin perder un sólo movimiento de mi vecino. El sargento estaba en camisa, y pronto, sentado sobre la cama, se la quitó también para ponerse otra de dormir.

"Quedé asombrado por la belleza y perfección de su cuerpo que, a la débil claridad de la lámpara colgada del techo, me pareció de maravillosa belleza, superior, sin duda, a las obras maestras de la antigüedad, por que me apasionaba antaño. Estas eran de mármol, y aquel bello cuerpo parecía pleno de fuerza y juventud.

"Pronto no pude pasarme sin el sargento, y buscaba toda ocasión de serle agradable. Me contentaba con estrechar su mano y pasarle la mía por su cabeza, que era encantadora, con sus cabellos finos, lisos y castaños. Observé y admiré la belleza de sus dientes y de su boca, adornada, no tapada, por un bigotito castaño. Veía en él a todos mis héroes favoritos, y, cuando pasaba ante mí, a caballo, vestido con su uniforme negro y amarillo, le comparaba a Héctor y Aquiles.

"Aunque me sentía celoso, me gustaba oírle contar sus aventuras de guarnición y sus amores pasajeros. Aunque dotado de una gran belleza, no iba más que dos veces por mes a entretenerse con mujeres, porque éstas eran muy caras, y tenía poco dinero.

"Quería que comiese con nosotros; pero se negaba, temeroso de molestar a mis compañeros, o de excitar las sospechas de cualquier malicioso hacia nuestra gran amistad. Cada vez me alejaba más de mis compañeros, buscando pretextos para marcharme y no tomar parte en sus diversiones. Me aislaba completamente de ellos, y mientras que iban de paseo o al teatro, yo me encerraba en mi cuarto amueblado—que había alquilado en la ciudad—y donde mi amigo iba a juntarse conmigo los domingos y los días de fiesta principalmente. Cuando estábamos juntos en aquel cuarto, lo pasábamos muy bien.

"La imagen de mi amigo me acompañaba sin cesar, y no me abandonaba nunca; sin embargo, no gozábamos sino de la manera más inocente, es decir, la menos criminal.

"No estaba habituado a los perfumes suaves, a las aguas perfumadas en que me bañaba yo, y aun siendo muy limpio, no conocía ningún refinamiento de esta clase que, no obstante, le gustaban mucho. Siguiendo la moda, yo llevaba camisas de noche, de seda, con cordones, que olían bien y eran muy suaves al tacto. La buena comida y los vinos elegantes con que le nutría, obraron potentemente también sobre aquella naturaleza que no conocía la vida refinada y dulce, pero que sentía toda su voluptuosidad."

Este individuo, cuando salió del cuartel, regresó a su domicilio, pero las costumbres de la familia le parecieron insoportables.

Hubiera querido permanecer toda la vida al lado de aquel amigo, al que no podía imaginarse sino vistiendo su uniforme amarillo y negro. Afirma que jamás recuperaría la alegría de aquellos tiempos pasados en la grata intimidad del cuartel. Procuró distraerse viajando durante algunos meses, pero todo fué inútil. Nadie, a excepción de tres soldados, conocía el secreto de su homosexualidad, pues siempre fué lo suficientemente discreto para satisfacer sus aficiones sin que nadie pudiera enterarse.

Si en algún ambiente es casi imposible ocultar las inclinaciones homosexuales, este es, indudablemente, el del cuartel. Los reclutas pueden observarse en los detalles más íntimos de la vida en común y en muchos aspectos de las aficiones fuera del cuartel. En aquellas colectividades entre las que la homosexualidad se considera poco menos que como un crimen abominable, el invertido, o es explotado en lo que pueda dar de sí—a excepción de lo que a su homosexualidad afecta—o acaba por reconocer que la vida se le hace punto menos que imposible.

Aparte de la homosexualidad, la práctica más frecuente es la de la masturbación; este aspecto no merece la pena de ser tratado, si no es para decir que se considera tan repugnante como la homosexualidad, ya que se estima "impropio de hombres"; veamos, pues, los aspectos en que se practica la sexualidad normal.

Las inmediaciones de todos los cuarteles sirven de punto de reunión a las prostitutas de más baja condición moral y física que habitan en las ciudades de guarnición militar abundante. Mejor dicho, la guarnición crea la necesidad de estas prostitutas excesivamente económicas y peligrosas. En los alrededores de un grupo de alojamientos militares de Madrid, he tenido ocasión de ver ejerciendo su triste profesión a dos ex célebres prostitutas que hicieron las delicias de los señoritos juerguistas de fines del siglo pasado. Una de ellas me ha referido aspectos curiosísimos de su antigua carrera, que acaso me sirvan para escribir un libro acerca de la psicología de la baja prostitución.

Cuando conocí a aquella mujer, hace un año, se dedicaba a las prácticas más repugnantes: cobraba diez céntimos por cada servicio, y si se la daba un real, se comprometía a dar satisfacción al cliente tres veces seguidas. En sus buenos tiempos, hace cuarenta años, nadie llegó a conseguirla menos de 500 pesetas, y esta tratándola como a una gran señora.

Como "propaganda" de sus habilidades, lleva en un bolso mugriento, de cuero negro—restos de viejos esplendores—, varios retratos de cuando los periódicos gráficos españoles y extranjeros se ocupaban de sus encantos vodevilescos, y otras fotografías directas firmadas por los principales maestros.

Los clientes examinan con detenimiento esas muestras en las que se advierten rasgos auténticos de la pobre ruina que se las exhibe, no reclamando un ápice de compasión, sino con el fin de que los muchachos puedan forjarse esas ilusiones que hacen comprensible el amor que brindan las prostitutas.

En las noches crudas de invierno, el amor, en todas sus formas, suele practicarse en las garitas: Venus, Marte y Cupido se dan cita para contrarrestar los efectos del frío que hiela a los tres personajes mitológicos.

Pero no son sólo las viejas prostitutas los únicos objetos de satisfacción de la juvenil lujuria de los soldados: son también las jóvenes y aun los niños pervertidos que durante el día merodean por los alrededores de los cuarteles en demanda de las sobras del rancho, y por la noche buscan un refugio contra las inclemencias del tiempo.

No siempre es el centinela el que lanza la voz de reto: la honda miseria de las ciudades, más que el anhelo de placeres perversos, empuja a estas criaturas en brazos del vicio. Un compañero, que hizo el servicio militar en una gran ciudad mediterránea, dice que, cuando hacía frío o la lluvia era implacable, se acercaban a la garita niños de ambos sexos que pedían albergue prometiendo a cambio ejecutar actos perversos de toda índola. Una niña de doce años, pero que apenas representaba nueve, manifestó a mi amigo que ya hacía dos años que merodeaba casi todas las noches por los alrededores de los cuarteles. La criatura perdió su virginidad a los diez años en una garita de cuartel.

Por lo general, estas criaturas proporcionan los deleites de la masturbación manual y bucal, lo mismo que las viejas prostitutas, con las que están en competencia. Claro es que, para que esta prostitución infantil se desarrolle, es preciso que sus solicitaciones tengan eco en el impulso de estos hombres, lo que ocurre muy rara vez.

Otro aspecto de la sexualidad en los alojamientos militares es el del bestialismo practicado con las caballerías, que, en algunos individuos, sustituye por completo a las relaciones normales. En los regimientos de Caballería austriacos, como ya hemos dicho en otro volumen, los soldados que eran sorprendidos cohabitando con ye-

guas, decían que no lo hubieran hecho de tener mujeres; pero que, mientras no dispusiesen de dinero, sería inútil castigarles, porque reincidirían cuantas veces tuvieran ocasión. Un autor, que comenta estos sucesos, afirma que, en efecto, no se castigaba a los soldados.

También durante la Gran Guerra se conocieron infinitos casos análogos en todas las unidades montadas. Hans Evertz dice que, en una ocasión, sorprendió a varios soldados de Artillería cuando cohabitaban, turnándose, con una mula a la que la explosión de una granada había dejado moribunda. Refiere también el caso de un soldado que alquilaba una cabra que encontró en un pueblo para que sus compañeros satisfaciesen con el animal sus deseos eróticos.

En los distritos alpinos, los soldados italianos se sirven también de las cabras para estas prácticas, en cuya compañía duermen, y a las que conducen a los puestos avanzados de las fronteras. Las gallinas, las perras y otros animales suelen ser muy solicitados por los soldados que guarnecen puestos de escasa población femenina.

En un puesto de guardas de fronteras suizos había una vaca y una cerda que ya hacía tres años que no desempeñaban otro oficio que el de servir de objeto pasivo a la bestialidad de aquellos hombres.

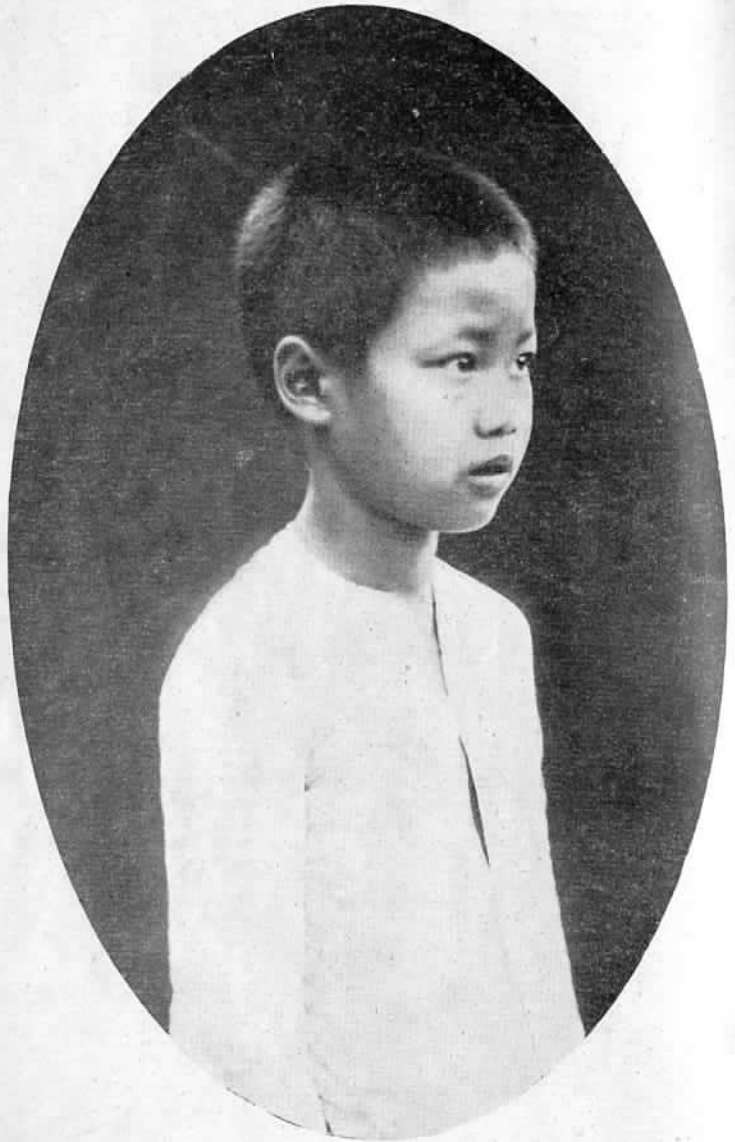
Un autor astriaco refiere que en una ocasión fué detenida una mujer de sesenta y cuatro años de edad en las inmediaciones de un puesto de la frontera italiana, tomándosela por una espía. Se comprobó que, desde hacía más de siete años, acostumbraba a cruzar la frontera sin otra finalidad que entregarse por unas monedas a la lubricidad de los soldados que llevaban mucho tiempo sin disfrutar permiso en las poblaciones. Y a este tenor pudieran referirse muchas anécdotas que demostrarían cuán difícil es hacer frente al impulso sexual a los veinticinco años de edad.



«NAYS» LAVANDO ROPA

Estos pequeños asiáticos son pervertidos sexuales que han creado las necesidades sexuales de las tropas y elementos civilizados de las colonias de Surasia, cuna de todos los vicios.

LAMINA V



TIPO DE «BOY» ANNAMITA

Es algo mayor que el «mayo» y conoce más prácticas obscenas que aquél. Con el pretexto de hacer rezados, explotan la lubricidad de los coloniales, de los que viven sin trabajar.

LAMINA VI

DOS MESES ENTRE COLONIALES

Los legionarios del Atlas.—Tipos de aventureros.—Su moral.—La repugnancia del adulterio.—Amantes de legionarios.—Las leyes de la Legión.—«La Turquesa».—Caracteres raciales de la inversión.—El pudor en la inversión. Casas de prostitución masculina.—El papel de los asiáticos.—El ocio, justificante de la sexualidad anormal.—Los «petites porteurs». La homosexualidad de los hausas.—Su odio hacia las mujeres.

Hemos llegado al campamento de K.... momentos después de haberse alojado cerca de dos mil hombres que vienen de refresco para relevar a las fuerzas que desde hacía tres meses guarnecían los puestos avanzados de la región del Atlas, donde los rebeldes siguen obstinados en no permitir la beneficiosa dominación de Francia, que hizo de un país salvaje e inculto el magnífico emporio de riqueza que es el Marruecos francés. Yo acababa de abandonar la Zona española, feudo de los militares entonces, donde no se ha hecho más que gastar millones en pólvora y desfiles, sin que hasta ahora se haya visto utilidad alguna. En la Granja de Colonización, de Larache, la langosta se había comido hasta el último yerbajo: aquí, entre los franceses, los soldados utilizan aparatos lanza-llamas para destruir al terrible acridio.

En el instante de nuestra llegada, un legionario cierra la espita del aparato que maneja, para que no nos alcancen las llamas. Es un hombre robusto, alto, de dos metros de estatura, y mudo. Un oficial que me acompaña le conoce bien:

—Le cortaron la lengua por denunciar quiénes habían sido los legionarios que, después de "seducir" a un moro prisionero, le cortaron todo lo que tenía de hombre, y se lo introdujeron en la boca.

—¿Los castigaron?

—Dos fusilamientos; uno de ellos era español.

El mudo, a pesar de su porte viril, era un invertido. Sus com-

pañeros le conocían por el apodo de *la Muniquesa;* en efecto, era de Munich. Pertenecía a una familia de añejo abolengo, que le expulsó de su seno por los escándalos que había dado. Su patrimonio, que ascendía a un millón de marcos, se lo gastó con dos individuos que fueron sus amantes al mismo tiempo. Cuando se le acabó el dinero le abandonaron. El invertido dió con su paradero, y los mató a tiros. Se refugió en Francia, y, con nombre supuesto, se enroló en la Legión Extranjera de Marruecos. Dos días después del doble crimen estaba en Marsella, y una semana más tarde llegaba a Sidi Bel-Abbés, el campamento principal de la Legión de Marruecos.

Este individuo, al que llamaremos Fritz Langer, tomó parte en varios hechos de armas, dando pruebas de un heroísmo y una bravura sin igual, que le valieron ascensos y condecoraciones. Cuando los vengadores de los fusilados le cortaron la lengua, no le quitaron la vida porque era un valiente. A los quince días le dieron de alta en el hospital, y aquella noche aparecieron muertos dos legionarios: ambos cadáveres tenían en la boca sus órganos genitales que el asesino les había seccionado. Y aunque se sospechó que el autor había sido el mudo, nadie pudo probárselo.

A los pocos días de llegar hice amistad con un legionario que durante la guerra europea había combatido con los aliados en Francia. Era argentino, cantador de tangos y además invertido. Su amante era un viejo legionario español que me presentó con la mayor naturalidad:

—Aquí le presento a *mi hombre*—afirmó con un mohín femenino que contrastaba duramente con su barba de tres semanas.

La circunstanvia de ser compatriotas agradó al legionario, que empezó a preguntarme cosas de España. Hacía once años que abandonó el país por un mal asunto. El hecho ocurrió en Alicante, donde con toda facilidad pudo embarcar en un "pailebot" que le condujo a Orán. La Policía oranesa intentó detenerle; pero ya era tarde: acababa de engancharse en la Legión Extranjera por cinco años.

No debió agradarle mucho que su amigo argentino me lo presentase de esa manera, e intentó disculparse:

—Aquí, todos son maricones. A éste—por el argentino—le enseñé yo a vivir; porque, al principio, le explotaban todos; si quiere usted encontrar gentuza, búsquela por aquí.

No sé qué interés podía tener aquel hombre para querer exceptuarse a todo trance. Después, cuando le dije que me lo explicaba todo y que aquello era muy natural en las colectividades de hombres solos, se empeñó en obsequiarme. Al efecto, se dirigió a su amante:

—¿Tienes mucho?

—Seis francos.

—Pues dámelos, que voy a invitar a nuestro amigo.

Después me rogó que le cambiase el billete por monedas, y, en efecto, le entregué cinco francos en níquel. Pero se quedó con ellos y con el billete, rogándome que le perdonase la libertad, pero que en seguida me los devolvía. Le dije que no había prisa.

Me pidió permiso para ausentarse unos momentos, y, al cabo de diez minutos, volvió a reunirse con nosotros. A su amigo le entregó los seis francos y a mí los cinco.

—He tenido suerte; ahí arriba se juega a todo, y si no es porque me estaba usted esperando, desbanco: he ganado trescientos veinte francos al "poker".

—¿Limpio?—le preguntó el argentino.

—¡Tú eres idiota, muchacho: mira!

Y del bolsillo de la guerrera extrajo varias cartas de baraja que siempre llevaba preparadas para estos menesteres. Aquel hombre acababa de robar trescientos veinte francos.

Aquella noche cenamos con champán el legionario ladrón, su amante, mi amigo el oficial y yo. El alicantino lo pagó todo, y aún le quedaron cincuenta y tantos francos. El argentino le pidió veinte, y se los negó, diciéndole que gastaba mucho, y que no se daba cuenta del trabajo que le costaba ganarlo, cuando todos sabíamos que lo acababa de robar.

He referido este episodio, más que nada, para dar una idea de lo que es la moral en estas colectividades militares. No se diferencia de la del presidio más que en que allí es la ley del más fuerte la que se impone, mientras que aquí es la del más hábil, el más granuja o el más astuto.

Pero todo ello ocurre de una manera natural que en nadie produce la menor extrañeza. Aparte de la especial disciplina militar, tan severa que la menor falta en el servicio se paga con los castigos más inhumanos y hasta con la muerte, en los demás aspectos de la existencia de la Legión cada uno se las arregla como puede, y nadie tiene derecho a intervenir en asuntos que nada le incumben.

A los ocho o diez días de estancia entre esta gente, acabo de convencerme de que esta visita me proporcionará motivos de investigación muy interesantes y detalles curiosísimos acerca de la vida de las tropas coloniales.

El profesor Ulrichs, que ya hace muchos años habló de la Legión Extranjera, expuso hechos que le fueron comunicados por un testigo presencial, de toda confianza, que había sido pederasta pasivo en su regimiento. Este testigo, que era alemán, refirió a Ulrichs que los españoles, franceses e italianos eran los amantes, y los suizos y alemanes asumían el papel de mancebas.

En efecto, los sajones parecen ser casi siempre los elementos pasivos en estas pasiones homosexuales, que nunca alcanzan las mismas proporciones que en los presidios, ya que una gran proporción de legionarios viven con mujeres que conocieron nadie sabe dónde ni cómo y que les siguen constantemente a través de sus peregrinaciones por las colonias.

Este detalle se observa también en el Tercio Extranjero del Marruecos español. En los relevos de las Banderas, que se efectúan de cuando en cuando, los legionarios van seguidos de sus mujeres o amantes con las que tienen hijos, sin duda, porque ignoran la técnica contraconceptiva en que son maestros sus compañeros franceses.

Ya no es la homosexualidad, como lo era antes, la práctica más frecuente de satisfacción de los impulsos del legionario. La facilidad de los medios de comunicación y la tolerancia de las autoridades han resuelto aquel gravísimo problema de la falta absoluta de mujeres. Hoy siguen a los legionarios de Marte otra legión de sacerdotisas de Venus, que no sólo pretenden resolver su problema económico, sino que también solucionan, en muchos casos, el problema espiritual.

Tan pronto como el regimiento de la Legión se instala en sus alojamientos, que no son sólo los que les ofrece el Estado, las mujeres que viven habitualmente con ellos y las que siguen a la unidad, de puesto en puesto, forman sus "chavolas", que no son otra cosa que barracas construídas con todos los materiales que se encuentran a mano, muchas veces de procedencia inconfesable.

En pocas horas queda construído un nuevo poblado, si es que antes no se concertó con los que se ausentaban la compra de sus habitaciones. Y en el poblado hay de todo: desde el puesto donde se expende tabaco y papel de cartas hasta el cabaret en que se re-

producen las canciones que llegan de París por unas mujeres de todas las edades, de todos los países y de la más extraña moral imaginable.

La vida heterosexual de estas gentes no es menos normal que la que pueden hacer los matrimonios legalmente constituídos. Y aún es posible decir que muchos aspectos perturbadores del equilibrio conyugal, son absolutamente desconocidos en estas colectividades, que tanta indiferencia sienten por las leyes morales.

El adulterio no existe entre los coloniales, al menos el más perturbador, el que más atenta contra el sentimiento de propiedad que todo hombre tiene con respecto de la mujer con quien vive. Los legionarios tienen sus leyes, unas leyes para ellos, en las que se han eliminado los procedimientos sumariales. Cada uno es juez en su causa, y cuando la violación de este derecho ha sido muy grave, nada tiene de particular que todos ellos se erijan en jueces de un sólo reo. Esto ocurre con el adulterio, con el robo, con todo lo que afecta a ese sentimiento de propiedad.

La amante del legionario comprende perfectamente que las necesidades sexuales de su hombre son más imperiosas que las de ella misma, y, por otra parte, es este un aspecto que no tiene para ella mucha importancia. La interesa mucho más el afecto espiritual de aquel hombre que cubre todas sus necesidades—no la importa cómo—o al que ella ayuda con su trabajo para que la calma de su extraño hogar sea completa. Estas mujeres que, como ellos, fueron y son pobres parias en la vida, han sufrido tantos desengaños y han saboreado tantos dolores y miserias, que cualquier afecto, por simple que sea, toma en su alma las proporciones de algo insuperable que llena por entero todas sus aspiraciones sentimentales.

La confianza que existe entre estas gentes buscadas por la Policía de todo el mundo, es ilimitada. Un legionario confiará su amante a otro compañero cuando tenga necesidad de evacuar una disposición del servicio que puede durar días y meses. Hay sitios donde no es posible llevar mujeres ni impedimentos de ningún género, como por ejemplo, los servicios de patrulla y reconocimiento que exigen al soldado un contacto íntimo con el enemigo. Pues durante todo el tiempo que dure la ausencia, ni esa mujer habrá traicionado a su hombre, ni el amigo habrá osado siquiera hacer la menor alusión.

Lo mismo al entrar en combate, aquel que lleva algún dinero encima o cualquier objeto de valor—a lo peor, procedentes de ro-

bos—encomendará su custodia o indicará su destino, en caso de que él no vuelva, al primer legionario que haya de quedar en el campamento o sin probabilidad de tomar parte en alguna operación donde pudiera correr el mismo peligro. No obstante, si fuera designado para un puesto de peligro, encomendará a otro el encargo que a él le hicieron; lo cierto es que ese dinero o esos objetos son sagrados, y, en el peor caso, nunca dejarán de llegar a su destino.

La mujer del legionario practica todas las profesiones honestas: costureras, lavanderas, planchadoras, bordadoras y hasta memorialistas. Conocí a una mujer, de unos treinta años, de nacionalidad suiza, que hablaba y escribía correctamente el francés, el alemán, el inglés y el italiano. Su marido—o lo que fuese—era también suizo, y nunca pasó de soldado raso. Los ratos de ocio los dedicaba a componer relojes., en lo que estaba especializado. Se decía en la Legión que fué empleado en una gran fábrica de Lucerna, de la que huyó, llevándose cerca de medio millón de francos y a la hija del fabricante. Ella leía y escribía las cartas de muchos legionarios analfabetos que tenían sus familias en las cinco partes del mundo: cobraba medio franco por cada carta escrita, y veinticinco céntimos por leer las que recibían sus clientes.

Esta mujer, que no era otra que la hija del fabricante, había sufrido el asedio de un suboficial durante cerca de un mes. Ella, por no dar lugar a un suceso trágico, ocultó a su amante la conducta del suboficial, hasta que éste un día, aprovechando la circunstancia de que el suizo cumplía un arresto, intentó penetrar en la chavola que habitaba la pareja. Salió la joven para ver quién era, y el militar forcejeó con ella, intentando besarla. La escena debió ser presenciada por algún legionario, porque al día siguiente, un disparo que partió no se sabe de dónde, acabó con la existencia del suboficial. El suizo se enteró del suceso cuatro días antes de salir de su arresto, y hasta que no recobró la libertad no supo que su amante había sido objeto de aquel atentado.

No todos los legionarios pueden permitirse el lujo de vivir con una mujer, ni es posible que haya mujeres para tantos. Incluso las mismas prostitutas no tardan en "arrimarse" a cualquier soldado, lo que implica tanto como un voto de inquebrantable fidelidad. Así ocurre que a las dos o tres semanas de haberse instalado el regimiento en el nuevo puesto, no queda una mujer libre, lo que sólo ocurre ante un nuevo traslado.

Queda el recurso de la homosexualidad que, entre los soldados coloniales, es tan antiguo como su fundación. Esta solución no sorprende a nadie, siendo una práctica tan frecuente, que las parejas viven aisladas lo mismo que si fuesen un matrimonio normal.

Los invertidos pasivos son bastante numerosos en algunos regimientos: un oficial me decía que en su compañía la homosexualidad estaba repartida por igual: la mitad pasivos y la otra mitad sus amantes, aunque no podía asegurar que estos últimos fuesen todos invertidos.

Me han presentado a un legionario que en su unidad se le conoce con el nombre de *la Turquesa*. Es un muchacho de unos veinticuatro o veinticinco años, muy culto, inteligente, pulcro y completamente invertido. Es español, de Málaga, pero ha vivido muchos años en la Argentina y en Cuba como empleado de comercio, y su acento está completamente americanizado. Por el testimonio de un médico, sé que este individuo presenta caracteres sexuales femeninos muy acusados, tales como el desarrollo de los pechos, la conformación del cuerpo y la ausencia completa de pilosidades, a excepción de la región genital, pues incluso en las axilas es muy reducida. El pene es corto y los testículos pequeños y blanduzcos, con el escroto muy reducido. Algunas veces ha experimentado hemorragias nasales periódicas, y en dos ocasiones tuvo conocimiento mi informador de que había eliminado por la verga unas gotas de sangre. Durante dos o tres días, periódicamente, cada cuatro semanas, experimentaba dolores en la región inguinal e inflamación de los testículos. Estas molestias desaparecían si se aplicaba paños muy calientes.

En estas épocas, correspondientes, sin duda alguna, a una evolución periódica menstrual, perdía el apetito, se le hundían los ojos, se le acentuaba el cerco morado de las ojeras y su aspecto era, en suma, el de una mujer menstruante.

Todos sus gustos son femeninos. Su chavola, donde se reúnen varias parejas de homosexuales, está arreglada con un gusto exquisito. En todos los detalles se observa ese cuidado especial cuyo marchamo sólo lo imprimen unas manos de mujer.

La Turquesa cuenta con la protección de varios adoradores, seguramente los hombres más zafios y brutales de todo el regimiento, cuyos caracteres todos contrastan vigorosamente con la naturaleza femenina del invertido. Esta circunstancia, por otra parte, hemos de considerarla completamente natural.

El amante oficial de este individuo era un cantinero que siempre seguía a la unidad, más por la pasión que profesaba al invertido que por los beneficios que obtenía, los cuales iban a parar al amante cuyos caprichos satisfacía constantemente.

En varias fiestas benéficas en honor de la viuda de algún legionario, actuaba como número de máxima atracción. Su especialidad era la imitación de estrellas de variedades, aparte de sus creaciones en la canción y en la danza. Yo le vi actuar en una ocasión, y cualquiera que no hubiese sabido que se trataba de un hombre, no hubiera tenido inconveniente en hacerle proposiciones amorosas completamente normales.

Si en lo que se refiere a los concubinatos heterosexuales, el adulterio está considerado como un crimen que a veces se paga con la vida, en lo que a las amistades homosexuales afecta no sucede lo mismo. No obstante, jamás se emplea la violencia con un individuo al que se le conozca un amante; pero todos los medios de seducción están permitidos, y nadie tiene derecho a protestar cuando le despojan de su mancebo. *La Turquesa* gozaba fama de ser "la mujer" más fiel del regimiento.

Estaba en las mejores relaciones con otros invertidos y con casi todas las mujeres "auténticas" de aquella colectividad. Fuera de las horas de servicio, el cual cumplía con tanta virilidad como lo hiciera un soldado aguerrido, empleaba el tiempo en visitar a sus amistades, ayudándoles en sus trabajos domésticos. Mostraba gran preferencia por dos pequeñuelos hijos de un suboficial y una muiata, pero se llevaba muy bien con todos los niños a los que obsequiaba con caramelos y otros obsequios.

Tomó parte en numerosos hechos de armas, y jamás pudo decirse de él que manifestase el menor gesto de miedo ante el enemigo. Por el contrario, en los ataques al arma blanca se colocaba casi siempre en las vanguardias, y sus acometidas eran tan fer como las del más curtido de los legionarios. Tenía fama de no dar cuartel a los enemigos, y en dos ocasiones se le vió luchar cuerpo a cuerpo con dos moros, a uno de los cuales mató a cuchilladas, dejándole al otro gravemente herido. Decía que los golpes preferidos para él eran los asestados sobre los genitales, punto al que dirigía siempre las cuchilladas de su fusil.

En una ocasión resultó levemente herido en el pecho. Al ser curado en el hospital, mostró gran pudor, rogando al médico que hiciera salir a los enfermeros para que no pudieran verle sus desnudeces. Dicen que el médico accedió al ruego, respetuoso para con el natural pudor del invertido.

Algunas veces tienen lugar verdaderas orgías entre estos individuos y sus amantes. Se empieza por un banquete en el que abundan los vinos de buenas marcas, se baila después y se acaba en la más espantosa promiscuidad homosexual.

La práctica más común es el coito anal, pero también se realizan actos mucho más repugnantes, como la *fellatio* y el *annilingus*. Esto corre a cargo de los invertidos pasivos, cuyo mayor número corresponde a los chinos y annamitas.

Aparte de estas parejas habituales, existe también la prostitución masculina. En una novela de Lucien Descaves, titulada *Suboficiales*, se refieren numerosos detalles acerca de esta prostitución que se practica en establecimientos instalados al efecto. También Hamon da detalles de la forma en que se practica la pederastia en el Ejército francés, "especialmente en Argelia", hasta el punto de que, por lo menos antiguamente, ni los mismos generales que mandaban las fuerzas estaban exentos del pecado de sodomía.

Una casa de prostitución masculina en las avanzadas de la civilización no es más que una barraca en la que se sirve té, café y algunos licores. El interior del edificio, construído de maderas mal unidas, cuyas rendijas cubren trozos de saco y telas de todos los colores, da albergue a toda clase de tipos de las más extrañas procedencias. Por lo general, en estas casas no hay pupilos fijos: el "género" está formado por los invertidos que llegan a prostituirse, en espera de quien pague sus servicios, de los que un tanto es para el dueño del burdel, o bien los que esperan la llegada de los clientes, cuyo precio ya convinieron, recibiendo el anticipo que es el importe del alquiler del diván donde tienen lugar estos hechos amorosos.

Estos divanes, de estilo moruno, están rodeados de cortinas que penden del techo, o bien aislados por unos biombos y sin más puertas que la que se abre retirando de la pared una de las hojas del mueble. Las entrevistas no duran más de media hora, y el precio de la visita no sube de cinco francos, en lo que van comprendidos dos vasos de té con hierbabuena y dos pastas de almendra.

Los annamitas lo hacen más barato: dos francos viene a ser el tipo máximo, y los días de paga hay algunos que se retiran a sus alojamientos con sesenta francos en el bolsillo, después de haber pagado al dueño de la taberna-prostíbulo.

Estos asiáticos se someten a las prácticas más repugnantes: son los verdaderos objetos pasivos de los legionarios que, para la satisfacción de su lujuria, no reparan en medios de ningún género.

El jefe de la misión científica de que yo formaba parte, necesitó tres hombres que le fueron cedidos por el jefe de las fuerzas militares, los cuales conocían perfectamente el terreno a explorar en busca de los restos de unos animales antediluvianos. Como hubiésemos de permanecer cerca de mes y medio, los legionarios se negaron a colaborar en dichos trabajos si no se les permitía que llevásemos un annamita "para su servicio íntimo exclusivo". No hubo más remedio que acceder a sus pretensiones, y en adelante no prestar demasiada atención a las relciones que quisieran mantener estos cuatro hombres que no retrocedían ante nada, con tal de asegurarse la satisfacción de sus deseos.

Por mucho interés que puse en descubrir los actos de los cuatro legionarios, ni a mí ni a mis compañeros nos fué posible advertir el menor detalle. Seguramente, permanecieron todo el mes y medio sin proporcionar al amarillo la menor molestia, lo que pudiera achacarse al hecho de que los cuatro trabajaban bastante, ya que percibían un buen sueldo. Esto demostraba de una manera incuestionable que el factor predisponente esencial para el desarrollo de estas perversiones, no está, exclusivamente, en la falta de mujeres, sino que, en gran parte, debe achacarse a la ociosidad desesperante en que viven estos soldados cuyo ambiente preferible es el de la guerra y la actividad constante.

Después de dos meses de estancia en las inmediaciones del campamento de K..., en contacto muy frecuente con las tropas coloniales, obtuvimos la convicción de que, en lo que se refiere a la sexualidad, no hay medio que pueda considerarse malo para lograr los fines propuestos, que jamás debe creerse que sean demasiado buenos.

El país produce un género bastante apetecible para los legionarios: son los golfillos moros que, con el nombre de *petits porteurs*, fingen hacer recados y otros pequeños menesteres honestos. En realidad, siempre llevan a la espalda un cesto o una espuerta, que siempre está vacía. Estos chiquillos conocen bien a los militares que no tienen mujer ni cosa parecida. Con la espuerta colgada al hombre y con unas flores bajo el turbante, no tienen necesidad de hablar para pregonar su condición a los cuatro vientos. (Lámina III.)

Las visitas suelen hacerlas durante la siesta y al anochecer,

pero no se prestan más que al coito anal, sea en calidad de pasivos o de activos: lo dejan a la elección del cliente.

Lo que exigen estos pilluelos de campamento es bien poco: con medio franco quedan bien pagados, y por dos francos ya son capaces de acompañar a un legionario, siempre con la espuerta al hombro, durante dos o tres días. Se encargan de hacer la cama, barrer la chavola y hasta de engrasar el fusil. Muchas veces se contratan por largas temporadas como criados de las parejas, pero no habrá uno sólo que se niegue a complacer los caprichos de sus amos, tanto los del legionario como los de su amante, sea hombre o mujer.

Las prohibiciones rigurosas que existen acerca de las relaciones con las mpchachas indígenas, no rezan para el muchacho, que se prostituye en edades muy tempranas: ocurre lo mismo que en las colonias del Sur de Asia, como veremos en otro capítulo. Estos niños, generalmente emigrados de regiones muy distantes, tan pronto como están en condiciones de esgrimir un fusil, ingresan en la Legión. Son soldados disciplinados y más morales que los europeos en todo, menos en lo que se refiere al uso de su cuerpo. No se someten nunca a un hombre solo, sino que conservan la libertad para obtener mayores utilidades. También está prohibido a un legionario hacer víctimas de malos tratos a los indígenas, a no ser que existan para ello motivos justificados. Las cuestiones que se suscitan entre un legionario moro y otro europeo, tienen que ser dirimidas por los oficiales. Los castigos son aplicados siempre por *kaídes* indígenas, a no ser que se trate de faltas de disciplina.

Un regimiento de soldados *hausas* reclutados en el Sudán y que forma parte de las tropas colonianes inglesas de esta región de Africa, está compuesto, en absoluto, por homosexuales prostituídos. El hausa es un individuo de carácter débil, de naturaleza cobarde, y poco aficionado al trabajo. Ahora bien, si se le dirige por oficiales blancos, llega a perder en absoluto el instinto de conservación y acomete con una ferocidad verdaderamente salvaje. Sus eternos enemigos son los *fulbes* o *fellahs*, hombres valerosos y que gozan de gran influencia política.

Los hausas están tan persuadidos de su inferioridad, que no tienen inconveniente en aceptar toda clase de trabajos femeninos e incluso los oficios más humillantes.

El europeo que logra vencer la repugnancia que le inspiran los hombres negros, encontrará en el hausa un amante fiel, capaz

de toda clase de sacrificios. Por lo general, suelen servir de amantes pasivos a los moros que forman parte de las tropas coloniales, los cuales les someten a todo género de vejaciones, explotándolos por medio de la prostitución. Los militares hausas, aun dentro del ejército de Hausalandia, colonia inglesa, no necesitan mujeres para satisfacer sus deseos sexuales durante el tiempo que permanecen en filas, pues estiman que mientras la mujer sólo sirve para dar placer, el hombre puede llenar la misma misión y, además, resultar un camarada fiel, que nunca hace traición, no es sucio, ni tampoco contagia enfermedades. (Lámina IV.)

NOCHES DE SURASIA

Las bases de la inmoralidad en las colonias asiáticas.—La civilización culpable.—El «nay» y el «boy».—La depravación como medio para lograr otros fines.—Cómo trabaja el «nay». Los sastres tonquineses.—Sorteo de prostitutas.—La «congai» annamita.—Las perversiones en China.—Los invertidos de Hong-Kong. Los paraísos de Fu-Chow.—Los barrios flotantes y los «barcos de flores».—Las damas occidentales

No habrá país alguno en el mundo donde el vicio y la perversión sexual alcancen las aterradoras proporciones y los aspectos repugnantes y crueles con que se observan en los pueblos del litoral del Sur de Asia, especialmente en aquellos que, en cierto modo, están sometidos a la influencia europea.

Al principio de la colonización, era imposible llevar mujeres blancas, porque el clima era mortífero para los europeos. Sólo a fuerza de trabajos muy costosos y de medicaciones constantes y bien dirigidas, fué posible contrarrestar los efectos de las fiebres y las epidemias que diezmaban a los colonos, generalmente soldados.

En estos países había de todo cuanto pudiera apetecer la codicia desmedida de los colonizadores, que, dicho sea de paso, no eran más que la escoria, la hez de todos los pueblos, aventureros ansiosos de probar fortuna a costa de no muchos trabajos, sino fácil y rápidamente, sin esfuerzos ni quebraderos de cabeza. En efecto, las grandes casas de nombre mundial que hoy comercian en Asia con el mundo entero, tuvieron por fundadores a la flor y nata del hampa más brava que las metrópolis arrojaron a modo de estiércol fecundante en sus nuevas colonias.

Hoy, al cabo de mucho tiempo, quien quiera puede oír hablar a los viejos annamitas, laocianos, cochinchinos, cambobgianos, etcétera, de las remotas costumbres patriarcales de sus pueblos que no echaron nunca de menos la civilización de Occidente para vivir

felices. En la actualidad, se conduelen de que la civilización sea "eso": un ansia desenfrenada de placeres, de dinero, de deleites de todo género, sin reparar en los medios, ni en las costumbres, ni en las tradiciones de los indígenas, cuyas razas degeneran comidas por vicios y enfermedades que no se conocieron jamás. El Sur de Asia, valga lo crudo y brutal del símil, es el ano del mundo con hemorroides.

El libertinaje sexual que iniciaron las primeras tropas de los ejércitos colonizadores, compuestos de la peor gente de las metrópolis, es algo que espanta. Un organismo internacional—completamente fracasado—intentó remediar los graves males que amenazaban a esos pueblos; pero sus esfuerzos fueron tan estériles que, después de la primera tentativa de regeneración de las costumbres, hubo de desistir de su empeño. Se tropezaba con el mayor inconveniente que puede ofrecerse al progreso normal de la civilización: la falta de mujeres de la misma raza. Por eso se las sustituyó con las indígenas, con los niños, con las bestias y con todos los vicios imaginables: nadie hable de vicio sin conocer el Sur de Asia.

De aquellos tiempos a éstos, apenas si ha transcurrido medio siglo. En la actualidad, las condiciones sanitarias ya permiten la emigración de la mujer europea para la que el clima era antes mortífero. El hombre podía defenderse mejor, física y moralmente; pero la mujer empezaba por advertir la supresión de sus reglas, pasaba por la anemia y terminaba por ser presa de unas fiebres mortales.

No obstante, las mujeres europeas que hoy habitan en esas colonias son mujeres honestas, esposas e hijas de funcionarios y militares que no se prostituyen. Rusia envió un contingente de prostitutas que, poco a poco, fueron diezmadas por las enfermedades y el vicio, aparte de que eran los ejemplares más solicitados por los acaudalos indígenas, con los que difícilmente podían competir los recursos económicos de los colonos, que habían de contentarse con los frutos del país. Las prostitutas siguen llegando; pero la trata de blancas que se realiza es costosa y pesada, ya que el viaje es largo y la vigilancia mucha. Solamente le es fácil la emigración a la mujer china, que se diferencia muy poco de la nativa, por lo que la demanda no es abundante. Así, pues, la indígena, los indígenas, mejor dicho, continúan en sus puestos sin temor a las competencias.

El doctor Jacobus, que visitó Annam en los tiempos más difíciles

de la colonización, refiere lo siguiente: "El Extremo Oriente goza del triste privilegio de ser uno de los más potentes focos del vicio pederástico. Con excepción de los mancebos de almacén y los modestos empleados, los annamitas habitan los pueblos cercanos a Saigón, y no hay casi en contacto directo con los europeos más que los *nay* y los *boy*. Nay quiere decir *cesto*. Los nay son niños de siete a quince años, provistos de cestos redondos. Se encuentran en los muelles, en los mercados, ante las tiendas en espera del chalán que quiere hacer una adquisición cualquiera. El nay es delgado y endeble y lleva los cabellos largos y colgantes sobre la nuca." (Lámina V.)

Acerca del boy, dice que éstos tienen de quince a veinticinco años, y son esencialmente mentirosos, disolutos, jugadores y ladrones Acostumbran a merodear por las inmediaciones de las casas que habitan los europeos, y, cuando éstos se descuidan, penetran por donde pueden, apoderándose de cuanto encuentran a mano. El boy cumple los oficios de camarero o de ayuda de cámara de la manera más incompleta. "Es punto menos que imposible—dice—obtener de él un trabajo regular, pues está ausente una gran parte del día y toda la noche. Como traje, lleva una pequeña chaqueta blanca abotonada hacia delante y unos bombachos de algodón blanco con un cinturón de seda roja colgando hacia delante también." (Lámina VI.)

El nay y el boy son jugadores, ladrones y pederastas, esto último, no por el placer que pueden encontrar en su comercio, sino porque su finalidad esencial es la de procurarse toda clase de goces, para lo que, naturalmente, necesitan dinero. Antes de la dominación europea, eran nada más que jugadores y ladrones; pero, ante la escasez de mujeres, los colonizadores tuvieron que recurrir a todos los medios posibles, los cuales encontraron en estos jóvenes que se prestan a toda clase de perversiones, con tal de sumar unos céntimos a los haberes que difícilmente saben obtener de una manera honesta.

Esta opinión mía es contraria a la del doctor Jacobus, el cual dice: "El annamita es pederasta porque es lascivo. Se trata de una vieja raza civilizada, podrida ya por completo. Existe una tara innata que el europeo ha encontrado en plena expansión, y de la cual algunos (en corto número) se han aprovechado.

Otros autores, en cambio, aunque también franceses, reconocen que sólo la influencia europea ha sido la causa principal de la per-

versión de las costumbres en estos países, en los que la civilización, con sus adelantos y sus placeres, crearon necesidades que la capacidad adquisitiva del indígena no podía obtener.

Este fenómeno se ha observado en todos aquellos puntos en que las costumbres de Occidente podían arraigar con facilidad. Entre los musulmanes, por ejemplo, la prohibición goránica del uso del alcohol, como todas las interdicciones de carácter religioso, representa una barrera que sólo franquean los individuos degenerados o aquellos que, desde su nacimiento, se desarrollan en contacto con los europeos. No obstante, cuando el Korán no es incompatible con otros vicios, se practican y se desarrollan con tanta o mayor rapidez que entre los mismos que los propagan.

En esta parte del Sur de Asia, la voluptuosidad sexual no es más que el camino más corto para lograr otros placeres. La prueba está en que los mismos indígenas, entre ellos y ellos, raras veces practican esos actos que prefieren los europeos. Además, después de conocer aquellos países, no es posible asegurar que un nay o un boy se ofrezcan al europeo desinteresadamente, y, más aún, sin cobrar por adelantado los servicios que ofrecen, que no siempre cumplen, porque para ello se valen de la magnífica agilidad de sus piernas y del buen conocimiento que tienen de todos los escondrijos en las montañas y bosques que rodean las ciudades donde se dedican a explotar el ansia de placeres de todo género que con tanta facilidad encuentran los europeos.

Jacobus compara al nay con la muchachita impúber "que os ofrece flores en los bulevares parisinos, y cuyos padres especulan con el libertinaje de los hastiados y pervertidos. Aquí, en lugar de una mocita, es un mocito. Tampoco hay flores; su medio de ganar la vida es un cesto. Por un *tai-en* (diez céntimos) pondrán vuestras compras en este cesto y os seguirá dócilmente hasta vuestra casa."

No cabe duda que, lo mismo en París que en Saigón, si no hubiese individuos depravados, no prosperaría el comercio de estas criaturas. Si en París—como en Madrid y otras grandes ciudades—son los padres los que explotan a los niños, en Saigón, las criaturas obran por cuenta propia. Los juguetes de factura europea, el cinematógrafo, los deportes y otros placeres semejantes sólo pueden gustarse con dinero: y el dinero no puede obtenerse por medios más rápidos ni menos trabajosos; porque, eso sí, el annamita es vago de nacimiento.

"Una vez en vuestro domicilio—sigue diciendo el doctor Jaco-



SASTRE DE SAIGON

Estos artistas ejercen de noche su profesión, hora en que están descansando sus clientes, que no tienen otra ropa que ponerse que la que les remienda el sastre, casi siempre un vicioso que satisface los gustos de los europeos.

LAMINA VII



DANZARINA DE SINGAPOORE

Estas mujeres, que viven sólo de su belleza, no practican jamás el acto natural por temor al embarazo, pero, sin embargo, se someten a todas las perversiones que no impliquen esos riesgos.

LAMINA VIII

bus—, como huela en vosotros un aficionado a las sensaciones depravadas, no espera por mucho tiempo el ofreceros sus servicios: "Capitán (todo el mundo era capitán en 188...), *yo mocho conoser tchutchú banana*", y como el cliente titubee, "*Yo conoser el ablí.*" Esto es caló. Tchutchú quiere decir comer, y la banana es el más conocido fruto del trópico, cuya forma semeja la del pene afectado de fimosis completa. Ablí es la corrupción de una palabra annamita, que significa el acto sodomítico, y esta palabra es tan cínicamente cruda y expresiva como el verbo francés vulgar que le corresponde. Existía antes de la llegada de los europeos, mientras que el equivalente de la palabra *pudor* no existe en la lengua annamita. Esto constituye una doble prueba lingüística.

"Como respuesta a sus ofrecimientos, el nay no recoge, generalmente, más que un puntapié debajo de los riñones, y, entonces, se marcha sin proferir palabra. En caso de aceptación, sabe que la hora propicia es la de la siesta, después del cañonazo de mediodía.

"En efecto, hacia las doce y cuarto, una sombra discreta se desliza furtivamente en el cuarto del pederasta. Al igual que la carrerista diurna, el nay encuentra siempre el medio de penetrar sin ser visto de nadie, en una casa donde, a menudo, habitan juntos varios europeos.

"Si el nay, muchacho impúber, generalmente sucio y desagradable, le disgusta, el europeo depravado (1), tiene, llegada la noche, el recurso del boy. Este opera por la noche, después de las nueve hasta media noche, cuando sale de la casa de su amo. No es insensible al atractivo de la ganancia fácil de una piastra, que le permitirá probar fortuna en la timba. Hagamos notar, a este propósito, que, a consecuencia del valor relativo del dinero, hace treinta años valía una piastra, en Cochinchina, un luis en Francia.

"El nay y el boy son, generalmente, "chupópteros". Y no se crea que este asiático depravado experimente repugnancia alguna al cumplir esta torpeza obscena. Tiene bastante menos que la carrerista diurna, que se dedica a las mismas operaciones. Ya se encuentre el europeo reclinado en un largo sillón de brazos o acostado sobre la cama, el boy, arrodillado o en cuclillas, practica la succión del

(1) En aquellos tiempos, como en éstos, puesto que las costumbres han variado muy poco, está demás la palabra «depravado», a no ser que queramos sustituirla por la de «europeo».

miembro viril, recibe el licor seminal en su boca y lo saborea hasta la última gota.

"Aun cuando "succionador" por excelencia, tanto el nay como el boy aceptan, sin embargo, pero sin entusiasmo, el acto sodomítico. Y no es que le detenga una causa moral, la cual está por encima de sus prejuicios. Es, simplemente, la desproporción entre el ano de un muchachito de diez o doce años y el pene de un europeo adulto, puesto que los nays entre ellos no tienen la más mínima dificultad de cometer tal acto.

"Cuando el nay llega a los dieciséis años, y se ha acostumbrado, poco a poco, a este oficio, no hace objeción alguna, pues entonces ha llegado a constituir para él una afición mórbida. Busca entonces las ocasiones con tanto afán como la mujer busca el coito. Y tal gusto depravado llega a ser en él una imperiosa necesidad. Precisa hacer constar, además, aun cuando con sentimiento, que entre algunos europeos se ha desarrollado este gusto pasivo, y que éstos llegaban en su aberración hasta entregarse a las libidinosas caricias de sus boys." (1).

En los comienzos de la colonización, no sólo eran los nays y boys los únicos indígenas que vendías sus favores a los europeos por muy poco dinero: los empleados de comercio, recaderos y hasta marineros, tan pronto abandonaban el trabajo, corrían en busca de los blancos a los que se ofrecían para todo género de perversiones. Dice Jacobus que los zapateros y, sobre todo, los sastres, hacían una competencia bastante descarada a los pequeños indígenas. Actualmente, los sastres tonquineses, como muchos modistos occidentales, gozan de la peor fama. Un sastre tonquinés trabaja en su oficio por la noche, a la luz de una lámpara de aceite de coco. Este trabajo nocturno tiene su explicación: el indígena no posee, por lo general, más que un traje, y cuando está averiado, no tiene más remedio que permanecer en el lecho, sobre todo si el tiempo no permite andar desnudos a estos trabajadores. El sastre recibe los encargos, y, cuando el cliente se ha acostado, recoge la prenda, que zurce en un santiamén, devolviéndola arreglada a la mañana siguiente.

(1) Estos pueden ser, en todo caso, los europeos «depravados», única excepción de la regla general que no se atreve a admitir el Dr. Jacobus, seguramente por pudor de raza, ya que en los tiempos a que él se refiere el mayor número de colonos, procedentes del ejército, eran franceses.

Ahora bien, el sastre aprovecha la noche para otros menesteres. Sentado en cuclillas sobre la mesa que le sirve de lecho, espera la llegada de algún europeo que necesita, no de sus servicios profesionales, sino de las habilidades especiales que conoce. Se dice que no suelen modificar mucho la postura que adoptan en su trabajo para ganarse unos francos y dejar complacido a su cliente blanco. (Lámina VII.)

En la actualidad, las costumbres han cambiado bastante, pero los vicios siguen siendo los mismos. Hubo una época en que se obligaba a los nays y boys, indígenas y chinos, a llevar un farolillo encendido cuando tuvieran necesidad de salir de noche, a no ser que prefirieran unos días de arresto. Esta medida fué completamente inútil, pues los carreristas seguían practicando su oficio en los alrededores de la ciudad. Después, en nombre de la libertad, se suprimió lo del farolillo, no permitiéndoseles circular más que hasta la una de la noche. Pero como quiera que, durante el día, ya se habían puesto de acuerdo con militares y colonos, tan pronto como daba la una, dejaban la carrera y marchaban a refugiarse en el domicilio del cliente nocturno. Si no había contrato de antemano, por temor a ser detenidos por la Policía, llamaban en las casas de sus conocidos europeos, donde siempre encontraban refugio, a no ser que ya hubiese dentro otro que se hubiera adelantado.

Un detalle muy curioso que revela hasta qué punto llegaba la falta de mujeres, es el siguiente párrafo de un libro de Jean Hervez: "Los amantes del bello sexo eran los más desgraciados, pues faltaban demasiados representantes en el sexo femenino. Citábase a dos o tres señoras casadas que daban que hacer a las hablillas de las gentes, pero en cuanto a señoras semimundanas ni aun mundanas del todo, nada, absolutamente nada."

«Las dos primeras hetairas europeas llegaron a Saigón en 1870, y eran dos moldovalacas rasando en los cuarenta, que habían rodado de lupanar en lupanar desde Alejandría hasta Saigón. Pasando como señoras de mostrador en una mala cervecería, provocaron casi una revolución entre las gentes masculinas, y la noche del día de su llegada todo el Saigón célibe encontróse reunido en tal establecimiento, donde habitualmente no se veía a más de cuatro aburridos clientes europeos. Un bromista de mal género tuvo la absurda idea de poner a estas señoras en una tómbola, cada una con cien papeletas de a piastra. Una hora más tarde se habían vendido todas las papeletas y sacado el número.

Lo que la historia no dice es si los felices afortunados quedaron encantados de su buena fortuna.»

En estas condiciones, todo lo que se diga para negar la inmoralidad sexual de aquellos tiempos, es completamente inútil. Las mujeres indígenas, que hubieran sido una solución, no se entregaban a los europeos, porque con ello arriesgaban la vida. Por otra parte, las autoridades francesas, siempre tan hábiles en sus colonias, castigaban implacablemente al europeo que cohabitase con una indígena, a no ser en virtud de matrimonio.

La prostituta annamita o cochinchina, la *congai*, la cual tenía permiso de su padre o marido para dedicarse a este fácil y lucrativo comercio, tuvo que ser inmediatamente retirada de la circulación, porque siendo excesivamente sucias, se convirtieron bien pronto en terribles focos de toda clase de enfermedades venéreas. El europeo prescindió en absoluto de sus servicios por miedo a pasarse meses enteros inútil en un hospital. Por otra parte, no hay mujer más repugnante que la congai: sus dientes son negros porque fuma constantemente, y, además, no deja de mascar hojas o nueces de betel, lo que produce una saliva roja, igual que la sangre, que escupe sin cesar.

No circulaban por las calles más que de noche, únicas horas en que está permitido vender amor en estos países, lo que sí tenía la ventaja de impedir que se viera toda su repugnancia, ofrecía el inconveniente de que tampoco era posible darse perfecta cuenta del grado de su suciedad.

Los nays y boys no han cambiado de costumbres, y aun han introducido una modalidad en su negocio. Se hacen acompañar por muchachitas, vestidas a la europea, que por las noches se sitúan a la puerta de los hoteles, cafés, teatros, etc., que se fingen vendedoras de flores. El boy se acerca a los probables clientes, los cuales rara vez dejan de aceptar su ofrecimiento, y en seguida llama a un coche o a un taxi, conducidos siempre por indígenas que ya saben de lo que se trata. El europeo se sienta en la parte posterior del vehículo y el boy al lado del conductor. Unos cuantos metros más allá se detiene el carruaje, y de entre las sombras surge la pequeña, que con tanta serenidad va a sentarse al lado del cliente.

Los conductores conocen bien todos los parajes en que es posible hacer cuanto se quiera sin que la pareja salga del vehículo, y si se quiere más comodidad, en las afueras de las ciu-

dades existen albergues adecuados en cuyas inmediaciones hay también casas especiales para los aficionados a las caricias de los nays y boys. La Policía europea no ha podido suprimir del todo estas manifestaciones viciosas de los occidentales, a pesar de que existen numerosas casas de prostitución de japonesas y chinas, mucho más económicas que las europeas, las cuales ocupan la elevada categoría de amantes de los militares con graduación, comerciantes y altos funcionarios de la colonia.

Las autoridades han comprendido que no es posible apretar demasiado en lo que se refiere a la moral, porque para ello sería preciso que hubiese tantas mujeres europeas como se necesitan para contrarrestar los efectos excitantes de los diversos aspectos de la vida en las colonias. Se dice en estas latitudes, y es cierto, que «no es moral el que quiere, sino el que puede»; y con relación a la sexualidad, a veces resulta imposibl ser moral, a no ser que se suprima de un golpe los infinitos prejuicios que en la civilización llamamos grandes pecados.

Si se cree que todas estas cosas ocurren sólo en las colonias francesas, se está en un error. También los ingleses, a pesar de todo su puritanismo y su hipocresía sexual, han tenido que sufrir las consecuencias de la expatriación forzosa que imponen los servicios de las colonias.

Claro es que en Asia, y especialmente en aquellos pueblos que viven más en contacto con los chinos, el pueblo más depravado y vicioso del universo entero. Las aberraciones más bestiales, los más absurdos deleites y las perversiones sexuales más inconcebibles, pudiera decirse que tuvieron su origen en China, y en China vivirán eternamente como elemento imprescindible de la especial idiosincrasia de estas gentes.

Puede asegurarse también que los estigmas degenerativos que tan a las claras se advierten en estos asiáticos provienen en gran parte de la funesta influencia del opio y el uso inmoderado de las bebidas alcohólicas. Añádase a esto el precarismo del país, recrudecido por las epidemias y luchas intestinas, y tendremos ante nuestra vista el cuadro más espantoso de miseria física y moral que pueda imaginarse.

Pero lo más sensible de este panorama trágico no está dibujado exclusivamente por las pinceladas autóctonas: muchos europeos y americanos han contribuído a completar la dantesca visión que las facetas del vicio en todas sus formas muestran al

observador. Estos hombres llegan de sus países sólos, ansiosos de fortuna, sin moral de ningún género. Sólo los placeres pueden ser capaces de contrarrestar el dolor de otras renunciaciones, como la familia, la esposa, la amante, los hijos o la patria.

Yo creo que el ritmo de la vida de estas ciudades babilónicas está regido por una sensualidad desenfrenada que va desde los barrios de los negocios hasta los suburbios, donde el vicio y el crimen tienen su trono.

Hablamos, por ejemplo, de la colonia inglesa de Hon-Kong. Un chino negocia de día en Queen Victoria Street, la calle más importante de la colonia, y un occidental se hunde en la noche en los abismos negros de las casas que hay en la calle que va al Valle Feliz.

Existe en Hong-Kong un barrio de *shampanes* que albergan a gentes de todas las cataduras, particularmente europeos de todas las nacionalidades y americanos de todas las banderas, que bajo su disfraz de honestos ciudadanos chinos ocultan una piel curtida por la sombra o el sol de muchos presidios. ¿Sus ocupaciones? No hay límites que las regulen ni leyes que las protejan : con esto está dicho todo.

En estos barrios flotantes existe el peligro de morir de una puñalada o de un certero mazazo asestado en la nuca. En cambio, circulando por las calles de tierra firme los riesgos suelen ser bastante más agradables. Las viviendas y albergues del camino del Valle Feliz, donde se encuentra el gran Hipódromo y el cinturón suburbano que rodea la ciudad, ya ofrecen otros aspectos menos peligrosos, al menos en cuanto a lo que a la seguridad personal del turista se refiere.

Inopinadamente, al pasar frente a una puerta, podéis sentiros fuertemente asidos por un brazo que tirará hacia dentro, mientras suenan en vuestros oídos las más dulces promesas pronunciadas en todos los idiomas, pero generalmente en inglés. ¿Lleváis dinero? Bien : francamente, no os asustará la cuantía de lo que os exijan. ¿No lo lleváis?... Es lo mismo ; con que deis la dirección del hotel o el nombre del buque en que viajáis, habrá bastante. Pero no hay que pensar, ni remotamente, en que es posible evadirse del pago de la deuda. Bueno es consignar que la Policía sirve para estas cosas en la pintoresca colonia de su majestad británica.

Sólo por el procedimiento citado me vi obligado un día a penetrar en una casa de construcción indígena, pero magníficamente instalada. Tapices, porcelanas, jarrones, biombos lujosos y riquísimos y muchos *tatamis* en el suelo, que a la vez cubren gruesas alfombras y mullidos almohadones. No está mal. Teteras y pipas de opio cuidadosamente colocadas en estantes de cetro marqueteado. Dos pebeteros queman sándalo y pastillas de Armenia.

Nada más sentarme, llega hasta mí una mujer javanesa, quien en correcto inglés me pregunta por mis distracciones preferidas. La pregunta, así, a boca de jarro, me deja sin respuesta de qué echar mano. La digo que no conozco las costumbres de la casa y dejo a su elección el programa.

Me sirve unas tacitas de té magnífico, y algunos minutos después se presentaron cuatro señoritas, que, sentándose frente a mí, empezaron a hacer música valiéndose de unos armoniosos instrumentos de cuerda. Tuve que hacer verdaderos esfuerzos para comprender que aquello que interpretaban era «The Uncle Sam», la conocida canción patriótica americana.

Las cuatro chinitas eran bastante lindas. Bien vestidas, limpias y muy enjoyadas, me parecieron bastante agradables. Pero cuando hablaba muy entusiasmado, por señas, se entiende, con una ellas, otra que conocía unas palabras de inglés me hizo comprender muy amablemente que estaba equivocado. No tardé en comprobarlo.

Me hicieron pasar a una habitación en la que había cuatro individuos jóvenes, chinos, naturalmente, y desnudos de medio cuerpo para abajo, los cuales, no bien me vieron entrar, comenzaron a gesticular en actitudes femeninas perfectamente estudiadas e insinuaciones de una obscenidad brutal. Uno de ellos, tal vez el de más edad, parecía avergonzado de los gestos de sus compañeros, para los que tenía miradas de indulgente comprensión. Sus genitales, limpios de vegetación pilosa, presentaban trazas de falso hermafroditismo. Los otros tres mostraban los órganos de la procreación completos, y del mismo volumen que los de un hombre normal, aunque también depilados, valiéndose quizá de un producto vegetal, cuyo nombre ignoro, pero que he visto en los tocadores de ciertas mujeres del Extremo Oriente.

Estos individuos ejecutan las prácticas más raras de la aberración sexual. Desde la pederastia hasta la masturbación bucal, pasando por los contactos más repugnantes, harán de todo sólo

por complacer a los turistas occidentales, que desfilan a diario por estos antros de vicio derrochando dinero a manos llenas.

Creo que debieron advertir en mi actitud que sus habilidades me eran repugnantes, por lo que, sin pronunciar una sola palabra, salieron de la habitación, dejándome con la javanesa. La gratifiqué con un dólar y salí de allí sin deseos de continuar mi paseo por las calles del Valle Feliz.

A la noche siguiente varios compañeros me propusieron una excursión a otro prostíbulo masculino. Recorrimos varios de aquellos establecimientos, que no son visitados más que por los occidentales. En algunas casas vimos a individuos que fueron castrados totalmente en los primeros días de su vida, con el fin de dedicarles a esta clase de prostitución. Tales seres no pasan de ser actores pasivos en la diaria interpretación de sus papeles de instrumentos de placer para la inmensa legión de degenerados o simples viciosos occidentales que constituyen la clientela asidua de estos lupanares.

Estas gentes asiáticas no podían comprender cómo nosotros, cuatro jóvenes embarcados, permanecíamos impasibles en nuestro papel de meros espectadores de las escenas que ejecutaban, esforzándose por parecernos agradables. No obstante, cuando abandonábamos los burdeles, pagando como si nos hubiésemos distraído según era costumbre, creo que en los rostros de aquellos desdichados se reflejaban gestos de honda gratitud que apenas se advertían en su sonrisa eterna.

Si de Hong-Kong pasamos a Fu-Chow, la antigua ciudad comercial de China que más té exporta al mundo, nos encontramos con los mismos vicios y horrores. De un libro mío reproduzco el siguiente capítulo, titulado «Los absurdos paraísos de Fu-Chow» (1).

«A cincuenta kilómetros de la desembocadura del río Ming, que vierte sus sucias aguas en el Mar Amarillo, se encuentra la ciudad de Fu-Chow, una especie de nueva Babel, en la que están representadas casi todas las potencias del globo con sus concesiones y leyes extraterritoriales. Fu-Chow tiene mucho de caótico en cualquiera de los aspectos que se la observe.

Prescindiendo de la ciudad europea, completamente moderna,

(1) A. Martín de Lucenay: *La sexualidad maldita*. Editorial «Jasón», Barcelona.

de excelentes construcciones, espléndidos almacenes y comercios, grandes teatros y magníficos palacios, lo más interesante de Fu-Chow se encierra en la ciudad flotante que se mece en las aguas pestilentes del Ming, constituída por los típicos *shampanes*, embarcaciones cubiertas por techos generalmente semitubulares, bajo los cuales se suceden las generaciones de esta prolífica raza de los Hijos del Cielo.

La ciudad fluvial, abigarrada y espesa, ofrece al observador los más curiosos motivos de estudio que es dado apreciar. Claro que para atravesar estos barrios flotantes se necesita de un estómago a prueba, de cierto despego a la vida, de dos o tres marineros que sepan boxear y de una pistola automática perfectamente mortífera. Sin tan imprescindibles requisitos no aconsejo a nadie que se meta por entre el laberinto movible de las aglomeraciones del río, propicio en la noche, que es cuando se ve más concurrido, para toda clase de desagradables sorpresas.

Pero donde tal riesgo alcanza su volumen máximo es por entre los «barcos floridos», que tanto abundan entre los shampanes de apariencia honesta, donde viven los *coolíes*, pescadores, obreros y cargadores del puerto, muy dignos, muy morales y todo lo que se quiera, hasta que dejan de serlo, lo que generalmente suele ocurrir tan pronto como la noche empieza a bañar en sombras las aguas quietas del río Ming.

Una noche, pertrechado con los elementos que cito más arriba, salimos del hotel Europa camino del río. Prescindo de referir los episodios de que fuimos actores los marineros que me acompañaban y yo, por no afectar al motivo esencial de esta narración. Sólo diré que tuve necesidad de utilizar mi pistola Hotschkis contra un chino que por milagro no alcanzó con su cuchillo a uno de mis acompañantes. Creo que debí herirle, porque sentimos caer su cuerpo al río.

Un barco florido, o, mejor dicho, una «cesta de flores», suele albergar a varias muchachas chinas, algunas muy bellas, y dispuestas a satisfacer los más perversos caprichos de la clientela que, ebria de lujuria, concurre a estos shampanes. Las muchachas llegan en su complacencia a lo más repugnante que, según su moral, puede hacerse: ¡dejarse besar y devolver los besos! El beso, como lo usamos en Occidente, goza por estas tierras de un prestigio de repugnante obscenidad verdaderamente inconcebible. Pues las señoritas chinas de las mancebías flotantes llegan a

tal colmo de degeneración y su perversión es tanta, que besan a sus amigos y se dejan besar por ellos..., siempre que lo paguen bien.

Solicitad de ellas las mayores atrocidades, las caricias más refinadas, los monstruosos deleites y algo más que pondrán de su parte por añadidura para seros gratas, pero, ¡por Confucio!, no intentéis besarlas.

En su horror por el beso occidental, se advierte una reminiscencia de pudor primitivo. Sus labios parecen ser el último baluarte donde se acoraza lo poco que les queda de su antigua dignidad. Naturalmente, la supuesta coraza sólo puede ser vulnerable ante la acometida convincente de un par de *taels*, que viene a ser algo más de cinco pesetas.

Me llamó la atención el brillo de luces y guirnaldas que hacía destacarse a uno de estos barcos entre el resto de la pintoresca flota, y llegamos hasta la pasarela que hacía las veces de pavimento en estas calles. Un chinazo enorme era el cancerbero de aquel templo del placer, y le pregunté si podíamos pasar a visitar a las muchachas. El hombre contestó con un gesto negativo, lo que me sorprendió, puesto que las ventanas abiertas dejaban ver a tres muchachas que fumaban reclinadas en sus lechos, sin otras ocupaciones más importantes de su profesión.

—Entonces, ¿qué hacen ahí esas mujeres?—pregunté al chino.

—Esto es sólo para las señoras blancas, señor—replicó.

Comprendí. También me dijo que entre la clientela figuraban algunas elegantes damas chinas que, de cuando en cuando, se permitían el lujo de venir a apagar el fuego de sus ardores sexuales con las adolescentes del shampan.

Vi otros barcos semejantes a lo largo del río, cuyo cargamento era de mercancías análogas. Por fin, encontré uno, donde se nos permitió la entrada previo el abono de tres taels por persona.

A los dos marineros les repugnaba la carne amarilla. No obstante, hubimos de tomar unas tacitas de té con tres chiquillas, cuya edad no pasaría de diez u once años.

Me inspiraron verdadera compasión, pese a que las infelices se esforzaban en desvanecer mis escrúpulos valiéndose de gestos de extremada obscenidad que difícilmente lograrían convencerme. Luego me enteré de que estas pobres niñas estaban a disposición de los visitantes absolutamente para todo menos para servirse de ellas por vía natural. Supuse que ello sería imposible,

anatómicamente, en vista de su escaso desarrollo, pues aún estaban muy lejos de la pubertad.

En vista de que no íbamos más allá de comentar entre nosotros lo sensible del caso, vino la dueña, que no hablaba una sola palabra de inglés. Sonrió como dando a entender que sabía el motivo de nuestra indiferencia por las chiquillas, y seguidamente volvió con tres muchachos bien vestidos y lastimosamente pintarrajeados, que empezaron a hacer ademanes propios de su condición de perfectos invertidos.

Uno de ellos, apartando a la niña que estaba cerca de un marinero, se permitió cogerle una mano. Un gesto mío detuvo en el aire el puño de mi acompañante cuando se disponía a dejarlo caer sobre el rostro del invertido.

Salimos. Aquello era demasiado.

Las estadísticas, siempre defectuosas de la prostitución infantil en la Celeste República, arrojan cifras que erizan los cabellos. Pero no es menos asombroso el número de efebos sodomitas. En los «cuarteles rojos», cuyo es el nombre de los barrios del placer, encontrará el viajero que se aventure por ellos las muestras más horripilantes de la perversión a que llegan los celestes en demanda de placeres sexuales refinados y extenuantes que procuran los jóvenes pupilos de las casas toleradas.

No creo que haya en el orbe un pueblo más vicioso que el chino ni que pueda aportar un caudal más abundante de individuos degenerados. El alcoholismo, la sífilis, el opio, la tuberculosis y la desatada lujuria de estas gentes, son plagas que diariamente arrojan cientos de víctimas a los manicomios, a las cárceles y los crematorios de cadáveres. Aterra pensar en la cantidad de seres que aún quedan para llenar las calles de estas ciudades como una invasión terrorífica y repugnante de despojos humanos.

Después de todo, las luchas civiles que están ensangrentando a este pueblo y las epidemias que lo diezman, suponen algo así como una sabia reacción de la Naturaleza, que tiene una virtud purificadora de acción profiláctica, aunque apenas puedan advertirse sus efectos debido a la fecundidad desbordante de la raza.

Y estas regiones del Sur de Asia, dígase cuanto se quiera, nunca albergaron tanto vicio y tanto crimen como desde que la

codicia de Occidente clavó sus garras en las tierras de todos, donde no existe la moral de nadie.

¡Noches de Surasia! La caricatura de la civilización, la máscara del amor y la realidad de la muerte son los tres elementos en que se desenvuelve la existencia más inmoral de la tierra.

EL AMOR EN LOS BARCOS

La sensualidad del mar.—Barcos de pasaje y navíos mercantes.—El acorazado que desvió su ruta.—Los «botones».—Un pederasta necrófilo.—Los cabarets de los puertos.—La escala de Singapoore.—El pueblo que no tuvo moral. Los pescadores de perlas.—Los marineros.—Un cabaret de Singapoore.—El amor normal prohibido.—Los deseos impuros.—Cómo se conservan bellas las bailarinas de Hawai.—Prostitutas vírgenes.

Quien no haya navegado siquiera una semana por una latitud cualquiera, no puede saber hasta dónde llega el estímulo sensual que, como un vaho de fuego, brota del agua del mar.

El pasajero de un buque que viaja con muchas y más comodidades de las que puede encontrar en los palaces de tierra firme, pasa, por lo general, por los inconvenientes del mareo, poderoso anafrodisíaco que hace que la mujer más bella y sugestiva pierda por completo todos sus encantos ante el criterio del viajero que sólo se cuida de arreglar su estómago. Pero después de este trastorno inevitable, para el que no existe remedio, renace el equilibrio de la cabeza y el estómago y los impulsos vuelven a ocupar su plano en el nivel de los sentidos.

Entonces es cuando la sensualidad se manifiesta en todo su apogeo: la existencia ociosa, la intimidad constante, las comidas bien condimentadas y las voluptuosidades todas que hacen del viaje un placer, se centran en el punto esencial de los instintos humanos y nacen esas pasiones arrolladoras que sólo pueden explicarse en el ambiente propicio de los barcos. En un viaje de quince días se vive más que en tierra en quince meses.

Esto, visto del lado del pasaje, que es libre y puede hacer cuanto le convenga, puesto que nadie se lo impide; una Compañía de navegación española, que se obstinó en conservar lo que por aquí llamamos «moral tradicional» a bordo de sus buques,

a poco tiene que amarrarlos. Quien realizaba un viaje en ellos se despedía para siempre, a no ser que llevase la esposa al lado.

Pero todos estos pasajeros de cubierta y sentina, que mejor o peor pueden satisfacer los impulsos cuyas manifestaciones estimula el mar, no saben de las verdaderas inquietudes que pasa la gente de la tripulación, hombres sometidos a disciplinas severas imprescindibles para que prevalezca, por encima de todo, el principio de autoridad. Unicamente los oficiales de los barcos de pasaje encuentran ciertas facilidades con las mujeres, que para atracción de pasajeros sitúan estratégicamente las Direcciones de las Compañías, que muchas veces no utilizan por completo los pasajeros de cámara. Algunas de estas mujeres son recomendadas de oficiales que regentan un negocio a medias.

Mas los otros tripulantes, los que en virtud de esa falta absoluta de democracia se ven imposibilitados de frecuentar al pasaje, no tienen más remedio que valerse de sus propios medios para calmar esos ardores violentos que enciende en los sentidos la sensualidad del mar. Menos mal que entre puerto y puerto no transcurren tantos días que la naturaleza se manifieste impotente para contenerse.

Ahora bien, aparte de esos palacios flotantes que surcan los mares todos del planeta, hay otros navíos que llevan en su vientre decenas de hombres solos que muy de tarde en tarde tienen posibilidades de resarcirse de las largas vigilias impuestas por las travesías que parecen interminables.

Muchas escalas denominadas «facultativas» de los buques de guerra, no tienen otro objeto que permitir a las tripulaciones las facilidades necesarias para evacuar sus necesidades sexuales. El comandante de un acorazado americano, que llevaba más de mil hombres de dotación, dice que tuvo que desviar la ruta del navío en cerca de mil millas en un crucero de prácticas por el Pacífico, a fin de evitar los graves trastornos que empezaban a sufrir los marineros después de un mes de navegación de altura. "Navebábamos—dice—cerca del Ecuador, con el fin de comprobar el radio de acción de nuestra unidad, recién construída. Todos los tripulantes se esforzaban por ejecutar trabajos, aunque no fuesen de su incumbencia, con tal de distraer su imaginación y rechazar los pensamientos lúbricos llenos de imágenes que sugería el extraño espejismo del mar. No tuve más remedio que tomar en consideración las insistentes afirmaciones de los médicos e incluso las quejas respetuosas de muchos marineros. Si muchos no se quejaron, ellos sabrían por qué; pero tengo la seguridad de que habían descubierto procedimientos que, aun sin afectar demasiado a su salud física, seguramente atacaban bastante a su moral y al concepto que ellos mismos tuvieran de su virilidad.»

En los barcos pesqueros que han de pasar muchos meses en alta mar, y en los mercantes que realizan grandes travesías, las dotaciones tienen especial cuidado en que no falten en el rol ciertos individuos que por su aspecto y sus costumbres no ofrecen signos muy destacados ser eficaces colaboradores en los rudos trabajos de a bordo. En muchos trasatlánticos, especialmente alemanes e italianos, los «grooms» no están muy lejos de ser perfectos invertidos. La marinería se reparte a estos individuos de forma que no sea muy descarada. Los pasajeros saben que se pueden dirigir a los muchachos, los cuales no tardan en advertir las aficiones de los que viajan en cabinas unipersonales.

En el lenguaje particular de los navegantes hay frases que definen de una manera gráfica los servicios y fases de la vida a bordo. Se dice, por ejemplo, «hacer víveres», «hacer carbón», «carbonear», etc. Y al hecho de embarcar a un invertido se denomina «hacer carne»: el término «carnear» se refiere, especialmente, al trato con prostitutas inmediatamente después de desembarcar al cabo de unos días de navegación. El marino recién desembarcado no ama, sino que «carnea», es decir, que no hace más que satisfacer un impulso puramente animal en el que no median para nada las complicaciones espirituales. Se apodera de la mujer violentamente, con brutalidad, sin consideración. Al cabo de unos días es cuando ya renacen las necesidades del espíritu que embotó la travesía y surge la necesidad de algo más noble y menos animal. Por eso no hay marino alguno que no tenga una novia en cada puerto y en cada puerto un amor.

Los camareros, pinches, recaderos y personal análogo de los buques de ciertas banderas, gozan de una fama deplorable que nunca es inmerecida. Claro es que desde el capitán hasta el último oficial no están faltos de responsabilidad en lo que se refiere a las actividades privadas de tales subordinados.

La moral sexual de los barcos difiere bien poco de la de los presidios. Lo único que no existe es la violencia, ni en las pasiones ni en los procedimientos, sino que todo tiene lugar de una

manera menos impulsiva y más convenida. No obstante, cuando se trata de individuos degenerados, el impulso sexual incontenible se manifiesta con expresiones terribles, como en el siguiente caso observado en un buque de turismo, y eso que tocaba puertos con bastante frecuencia.

Este caso es el de un desdichado heredosifilítico. Quien se haya asombrado ante los frecuentes casos de pederastia que se registran en las poblaciones penales y entre los individuos de los destacamentos de tropas coloniales, llegaría al colmo de la estupefacción si supiese de las aterradoras proporciones que el vicio sodomítico alcanza entre las tripulaciones de los barcos cuyas rutas se marcan sobre los mares más cálidos, en los que el agua parece que hierve, donde las tierras se expresan en una vegetación lujuriante y la atmósfera se carga de una electricidad sensual poco menos que invencible y que indefectiblemente descarga sus energías sobre los polos excitados de la sexualidad.

Las víctimas de este morbo no son los invertidos congénitos, los degenerados a quienes el impulso psíquico conduce a estos extremos de la degradación moral y física. Estos marineros son, generalmente, hombres normales y bien constituídos, casados, con hijos, enteramente varoniles en sus gestos, en sus actividades y en todas las manifestaciones en que se les observe.

Son viciosos por falta de medios, por su aislamiento completo de la mujer y porque no disponen de otros recursos para hacer frente a las excitaciones de la naturaleza, sobre todo cuando entre puerto y puerto median más de ocho o diez singladuras. Claro es que hay excepciones constituídas por algún invertido verdadero que se enroló en cualquier puerto, sin importar de qué nacionalidad, de qué raza ni de qué moral, es lo mismo. "¡Para lo que va a servir!", piensan filosóficamente y hasta diríase que con un sentido de plausible moral de los demás tripulantes de la nave.

Un día surgió una excepción terrible. Menos de veinticuatro horas faltaban para fondear en el puerto japonés de Kobe, cuando hubimos de certificar la defunción de un marmitón de la marinería que se partió la columna vertebral a consecuencia de una caída al fondo de una bodega.

Se le trasladó a la cámara funeraria de popa dentro del correspondiente féretro, que no fué cerrado a fin de no tenerlo que abrir cuando subieran a bordo las autoridades japonesas. Tal fué la lógica que esgrimió el oficial, pese a la orden que dió el comandante del buque, cuyo cumplimiento tal vez hubiese evitado las derivaciones que el suceso tuvo.

Ya de madrugada nos despertó un largo timbrazo del teléfono. Era el comandante rogándonos que acudiésemos cuanto antes a su despacho de la tercera cubierta. Pregunté a un oficial qué sucedía, diciéndonos que durante la noche había sido sorprendido un engrasador profanando el cadáver del marmitón.

Cuando llegamos al despacho, un oficial tenía en la mano una pistola: se la había arrebatado al comandante cuando, indignado, quiso acabar con la vida del necrófilo. Este estaba allí como idiotizado. Miraba inexpresivamente hacia todas partes, pero *sin ver* a lo que miraba.

Fuimos hacia la cámara fúnebre, en cuya puerta había tres hombres de la tripulación. El cadáver yacía echado sobre el féretro en sentido transversal, de forma que los pies y las manos tocaban el suelo. En tal posición estaba cuando el oficial de cuarto descubrió al marinero practicando el coito anal con el cuerpo del infortunado marmitón.

Manifestó el oficial que debió consumar el acto completamente a obscuras, pues estando abierta la puerta le habría llamado la atención la luz. Se acercó a cerrarla, creyendo que pudiera haberse abierto a consecuencia de los vaivenes del buque, y entonces escuchó como si alguien respirase fatigosamente.

Sirviéndose de la linterna eléctrica, exploró el interior del depósito, y al ver al hombre, que no se apercibió siquiera de su presencia, le encañonó con la pistola mientras hacía sonar el silbato de alarma, a cuya señal acudieron los marineros, que no sin grandes esfuerzos consiguieron arrancar al monstruo de su macabra presa.

Examinamos el cadáver. En efecto, pruebas indubitables atestiguaban que el marinero había profanado el cuerpo inerte y frío, en el que ya había desaparecido la rigidez cadavérica para dar paso a la descomposición, claramente iniciada.

La falta de rigidez permitió al necrófilo la intromisión del pene en el orificio anal del cadáver, lo que debió conseguir sin gran esfuerzo, a juzgar por la dilatación del esfínter, típica del cese de la rigidez cadavérica, en cuyos bordes se advertía la presencia de varias manchas de licor espermático aún no desecado completamente.

Ante el comandante interrogamos al profanador. Sólo res-

pondía con monosílabos e incongruencias. Observé, sí, que cuando en el transcurso del interrogatorio pronunciábamos la palabra «Billy», que era el nombre del marmitón muerto, nos miraba como si tratase de coordinar algún recuerdo de posible asociación al sentido de aquellas dos sílabas. Pero nada más. Su gesto era inerte. Ni halagos ni amenazas del comandante consiguieron alterar la actitud del desdichado, silenciosa y trágica.

En su mente se había anulado por completo toda facultad intelectiva. Si hubiera sido posible investigarle el cerebro, hubiésemos adquirido la convicción de que el terrible treponema pálido había producido profundas lesiones irreparables.

Indudablemente, se trataba de un caso de parálisis general que había desviado la misión funcional de las neuronas sin influencia sobre el músculo y la medula. La más tremenda psicosis le había convertido en un mecanismo inconsciente, tanto, que hubiera podido asegurarse que la inhibición mental fué anterior a la consumación del espantoso hecho de que fué autor.

Donde con más violencia se manifiestan los impulsos sexuales de los embarcados es en las casas de prostitución que ocupan las inmediaciones de los grandes puertos, y, muy especialmente, esos típicos cabarets porteños en los que se rinde culto al amor mercenario en las formas más pintorescas y extrañas.

Los noctámbulos de las ciudades de tierra adentro de los países civilizados habituados a todos los refinamientos del vicio, no pueden hacerse idea de lo que es un cabaret de puerto de grandes rutas. En todo el Sur del continente asiático tienen fama los cabarets de Singapoore, ante cuya evocación no hay marino que no experimente una emoción sensual de brutalidad y de lujuria.

En esta gran ciudad del estrecho de Malaca, escala imprescindible de todos los grandes paquebotes que van y vienen entre Europa y Asia, de todos los navíos de las grandes líneas comerciales y eje de excursionismo de los pasajeros de los yates de lujo que constantemente surcan aquellos mares, vive la población más babilónica de todo el orbe, compuesta por las razas más diversas.

¿Cuál es la moral de esta gran urbe? Podemos partir de una base fundamental: la moral no existe. La vida de Singapoore mal puede llamarse inmoral, porque ello equivaldría a tanto como admitir que la moral había existido. Más acertadamente podemos decir que la existencia es, simplemente, amoral; creo que la moral, como la entienden los pueblos occidentales, no desempeñó nunca ningún papel en estas tierras.

Es más, los elementales principios éticos que, como reminiscencia de algo más sólido, queden en la conciencia de cualquiera que arribe a estas costas acogedoras, pronto han de verse diluídos bajo el cáustico poderoso del medio ambiente. La hidalguía, la caballerosidad, el honor en suma, virtudes tan estimadas entre las gentes de los pueblos organizados, son en Malaca un pesado lastre difícilmente soportable que, por instinto de conservación, todo el que llega se ve obligado a arrojar al mar, pues de otra forma, la más exígua moral se convertiría en un tóxico para su existencia.

¿Y qué podemos decir acerca de las múltiples facetas en que el vicio se manifiesta? El contrabando, el opio, el juego y la pesca de perlas, son, entre otros mil más, los elementos destacados puestos en juego para la obtención acelerada de las fortunas. La vida es febril y densa: es un apogeo de vértigo, que determina entre las gentes la máxima hiperexcitación nerviosa.

Estudiando, aunque sólo sea superficialmente estas individualidades, veríamos que, desde el pescador de ostras perlíferas hasta el limpiabotas que ofrece sus servicios en la puerta del hotel, pasando por el más acaudalado banquero, todos, sin excepción, padecen alguna tara congénita o adquirida: es el fruto del trópico.

No es raro que, al día siguiente, el banquero os limpie los zapatos y el betunero de ayer autorice con su firma el pago de un cheque. Naturalmente, estas conmociones, tal inquietud emotiva, llevada al grado máximo, constituyen una a modo de bandera que ondea sobre la población de Singapoore con un prestigio inarriable, siendo el calor de su sombra algo así como el agente térmico en que se incuban los gérmenes patógenos que producen las lesiones anatómicas que hacen tan extrañas las mentalidades de estas gentes.

¿Conocéis ya, aunque muy someramente, el panorama ético de Singapoore? Pues vamos a penetrar en uno de los múltiples cabarets que llenan la ciudad, refugio de navegantes, y que son un compendio de casa de juego, mancebía, fumadero de opio y albergue de peligrosos malhechores, entre cuyos asíduos, las gentes más morales son los, al parecer, inofensivos contrabandistas e incluso piratas que pululan por los establecimientos del Estrecho de Malaca.

Los habitantes que gozan de más prestigio entre el hampa brava y trágica de estos antros son los pescadores de perlas. Gene-

ralmente, son indígenas de Borneo y Sumatra, barnizados de civilización ocidental, cuya tenue capa apenas oculta en sus temperamentos los caracteres atávicos de la primitiva raza.

Son los elegidos por las prostitutas y artistas de los cabarets, en gracia a su munificencia y su rastacuerismo. Dichas mujeres son de todas las castas: europeas, americanas, asiáticas y oceánicas, se disputan a los groseros pescadores, que pagan en dinero o en perlas que obtuvieron en sus peligrosas jornadas submarinas, en lucha con pulpos y escualos, de las que no siempre salen bien librados, porque la presa que hace uno de estos monstruos suele escapar muy difícilmente.

Tampoco ocupan un lugar muy secundario en el ánimo de estas señoritas los numerosos marineros de todas las nacionalidades que invaden los cabarets después de varias semanas de forzosa abstinencia. No ofrecen más inconvenientes que la violencia de sus impulsos que dejan rendidas a las señoritas; pero, en cambio, no pagan peor que los pescadores de perlas; además, bailan mejor, y no hacen el ridículo cuando las acompañan a los teatros y restaurantes, cosa que siempre sucede con los pescadores, que también son de raza inferior.

Estamos en un cabaret que ostenta el pomposo título de "Hawai Dancing Saloon", donde una orquesta de auténticos hawaianos ejecuta, en instrumentos del país, una música dulzona y monorrítmica que llena la gran nave.

Hay más de un centenar de mesas con sus sillas y taburetes, que más de una vez habrán descrito en el aire una parábola homicida en demanda de cualquier cabeza. Adosados a la pared, como las literas de los barcos, hay bastantes lechos provistos de cortinas, que ocultan su interior a las miradas de la concurrencia. Estas yacijas son amplias y muy confortables. No faltan en ellas ni la pipa de opio ni el samovar que sirve para hacer el té o para calentar el agua que las señoritas del establecimiento necesitan para sus menesteres más íntimos.

He tomado asiento ante una mesa acompañado de uno de mis camaradas, muchacho joven que realiza su primer viaje transoceánico, y trae la cabeza llena de mala literatura tropical. Nuestros uniformes han llamado la atención de dos mujeres de Hawai, que, por toda vestimenta, exhiben varios collares de cuentas de vidrio y guirnaldas de flores blancas y azules y un cinturón semejante que va a anudarse en el pubis. Son dos bellas estatuíllas, morenas, de

líneas suaves y senos firmes, que, a pesar de todo, tienen en el rostro una expresión dulce e ingenua. (Lámina VIII.)

Por mi parte, sinceramente, apenas he sentido la atracción placentera de las muchachas, aunque a mi amigo no le ocurrió lo mismo, lo que hube de agradecer después de los curiosos informes que me proporcionó acerca de la conducta de la bella indígena que fué su amante cerca de una hora, mientras su compañera me refería, en mal inglés, unas historias de su pueblo, relato que le valió tres dólares, poco menos que una fortuna, cuya ganancia no la obligó a mayor trabajo.

En principio, el muchacho mostró cierta repugnancia a utilizar la cabina en que la indígena había de brindarle sus favores; pero, en vista de que otros clientes europeos acataban la costumbre del establecimiento, ya no tuvo mayor inconveniente.

Tan pronto terminó la misión que allí le había llevado, me rogó que saliéramos, sin despedirse siquiera de su amante ocasional, que ya había encontrado un nuevo amigo.

Con ciertos eufemismos,, me refirió todo el lance. Mi compañero, joven y vigoroso, era un ser perfectamente normal en cuestiones sexuales. Bajo esta orientación de su temperamento, desarrolló con la pequeña hawaiana un perfecto juego amoroso, para el que no omitió los necesarios recursos psíquicos en cordial complicidad, con caricias y toques adecuados, que produjeron en la prostituta la correspondiente excitación voluptuosa.

Se disponía a llegar a la cima de sus anhelos eróticos, valiéndose del camino natural, cuando la muchacha se agitó vivamente contrariada. Replicó él, llegando a exigirle explicaciones de su extraña actitud, que tanto desentonaba con el medio ambiente en que se habían conocido.

Pero, pese a los razonados argumentos de mi amigo, la indígena se negó en absoluto a realizar normalmente el acto amoroso, agregando que se sometía a ser agente activo o pasivo, en todos los caprichos que pudiese imaginar el cliente, menos para aquel de la más depurada lógica sexual.

Inquirió las razones que en el ánimo de la muchacha justificaban tan adversa determinación, contestando que lo que él pretendía era lo más denigrante que podía cometer una joven, existiendo placeres más intensos y menos dolorosos que ella sabría proporcionarle muy sabiamente. Por otra parte, le aseguró que no encontraría en ningún cabaret de Singapoore una sola mujer que se prestase a lo

que calificó de "un repugnante capricho que producía dolores y frecuentemente hijos", que deformaban la belleza de la línea y acababan con la salud. Afirmó a mi camarada que, si quería satisfacer "tan impuros deseos", habría de recurrir a las mujeres occidentales, que no mostrarían en ello inconveniente alguno, aunque, desde luego, se lo harían pagar a precio de perlas. En cuanto a este extremo tan original, séame permitido asegurar que no es cierto.

No encontró el muchacho medio humano de vencer la obstinada resistencia de la ramera, aunque comprobó suficientemente el grado de excitación a que la hizo llegar con sus habilidosos toques que produjeron la característica rigidez clitoridiana, la erección de las mamas y hasta la secreción lubricante de las glándulas genitales. Le dije a mi amigo que me parecía un completo técnico en tan íntimas cuestiones.

Evidentemente, tales síntomas, en los centros erógenos, son más que suficientes para anular en absoluto las facultades de autodominio en las mujeres de piel blanca, pues es incuestionable que la verdadera virtud está en repeler automáticamente el más leve toque obsceno.

¿Cómo es posible que la indígena llegase en su resistencia a tan inconcebibles límites, cosa que no hubiera creído, a no ser por el testimonio de mi amigo, merecedor, por mi parte, del más entero crédito?...

La explicación no puede ser otra, a mi juicio, que la siguiente: Por una parte, he hablado de la depravación típica de las costumbres de esta ciudad, que trasciende a las cuestiones sexuales de una manera descarada.

Por otro lado, he podido comprobar que la belleza juvenil de las mujeres indígenas, y muy especialmente las isleñas del Pacífico tropical, se marchitan rápidamente con las consecuencias de la maternidad, que rehuyen por medio de todos los procedimientos imaginables y, sobre todo, evitando todo contacto sexual normal.

Tal anomalía es, sin duda alguna, un producto de la influencia occidental. Estas mujeres procrean en sus islas nativas, pero la existencia entre los blancos, más bella y más fructífera en prosperidades económicas, tiene el precio imprescindible de la abstención de toda función genésica, que traería como consecuencia a estas desdichadas, tan dichosas, la irreparable pérdida de sus encantos.

Por último, las leyes británicas castigan con severidad los atentados al pudor de las indígenas, por lo que no hay hombre blanco

ni de color que se aventure a jugarse la libertad en la difícil violación de una mujer dispuesta a defenderse a costa de todo. No hay, por tanto, mujeres más calculadoras que estas de los cabarets de Singapoore, ni que mejor defiendan su virginidad anatómica.

Digo virginidad, y digo bien. Mi camarada, que terminó la aventura con una muchacha rusa, me aseguró formalmente que la bailarina del "Dancing Hawai" presentaba todas las características anatómicas de su integridad física.

Francamente sorprendido, cuando conseguí vencer los recelos del dueño del cabaret, un americano seguramente digno de la silla eléctrica, comprobé que todas las artistas hawaianas que entretenían al público estaban vírgenes. Este detalle supone para los asíduos al establecimiento una atracción irresistible en la práctica de su vicio predilecto: la recíproca masturbación bucal.

Este espectáculo no es difícil que tenga carácter público. El dueño del cabaret se vale de hombres contratados al efecto, con el fin de excitar a la concurrencia, entre cuyos varones suele extenderse rápidamente el morbo del contagio. Otras veces, cuando no se encuentra un voluntario dispuesto a ejecutar la escena, el dueño mismo del establecimiento se ahorra lo que el actor habría de costarle, convirtiéndose en actor y empresario en una pieza.

La gente de mar paga estas distracciones sin discutir el precio. Hay veces que el espectáculo no acaba con la tranquilidad que empezó, sobre todo cuando irrumpen en la sala los marineros recién desembarcados de los grandes paquebotes que vienen de Australia, después de veinte días de navegación desesperada, sin más recursos que los propios medios, y sin más pensamiento que el arribo a los muelles siniestros de la bella ciudad de Singapoore.

INDICE

Páginas

PROLOGO DEL TEMA 5

CARCELES DE HOMBRES

Psicología del preso.—La artificiosidad de su vida sexual.—La atracción de los jóvenes.—Los «pipis».—Los comienzos de su iniciación.—Los vagabundos.—Una escena vulgar.—Los sistemas penitenciarios. — Los juegos inocentes. Los cabos de vara.—El precio de los placeres. El amor de dos invertidos.—Sangre en el presidio.—El pederasta suicida.—En la Guyana francesa.—Forzados de las colonias.—Los incivilizados .....

PRISIONES DE MUJERES

Los distintos efectos de la prisión en los dos sexos.—La mujer no tiene problema sexual. La masculinidad de las delincuentes.—Inversión auténtica.—Cómo se realiza la iniciación de una reclusa.—Proceso psicológico.—La gratitud. — La prisión de Saint-Lazare.—Escuelas de perversión.—Las venganzas terribles de las reclusas.—Los celos.—Instrumentos de placer.—Las invertidas sensibles.—La maternidad.—La mujer «padre» 25

LA SEXUALIDAD EN LOS CUARTELES

El ambiente del cuartel, contrario a la homosexualidad.—La ausencia del factor económico.—El prestigio del uniforme.—Los consejos de cuartel sobre la vida sexual.—Los preventivos venéreos.—La actitud del campesino español.—Los ingleses, alemanes y austriacos. Prostitución entre los soldados.—La homosexualidad en las trincheras.—Los enamorados del uniforme.—Prostitución infantil.—El bestialismo 39

Páginas

DOS MESES ENTRE COLONIALES

Los legionarios del Atlas.—Tipos de aventureros.—Su moral.—La repugnancia del adulterio.—Amantes de legionarios.—Las leyes de la Legión.—«La Turquesa».—Caracteres raciales de la inversión.—El pudor en la inversión. Casas de prostitución masculina.—El papel de los asiáticos.—El ocio, justificante de la sexualidad anormal.—Los «petites porteurs». La homosexualidad de los hausas.—Su odio hacia las mujeres 49

NOCHES DE SURASIA

Las bases de la inmoralidad en las colonias asiáticas.—La civilización culpable.—El «nay» y el «boy».—La depravación como medio para lograr otros fines.—Cómo trabaja el «nay». Los sastres tonquineses.—Sorteo de prostitutas.—La «congai» annamita.—Las perversiones en China.—Los invertidos de Hong-Kong. Los paraísos de Fu-Chow.—Los barrios flotantes y los «barcos de flores».—Las damas occidentales..... 61

EL AMOR EN LOS BARCOS

La sensualidad del mar.—Barcos de pasaje y navíos mercantes.—El acorazado que desvió su ruta.—Los «botones».—Un pederasta necrófilo.—Los cabarets de los puertos.—La escala de Singapoore.—El pueblo que no tuvo moral. Los pescadores de perlas.—Los marineros.—Un cabaret de Singapoore.—El amor normal prohibido.—Los deseos impuros.—Cómo se conservan bellas las bailarinas de Hawai.—Prostitutas vírgenes 77

PAUTA DE LAMINAS

Páginas

LAMINA I
Aresos dacoytas..... 16

LAMINA II
Hombres malgarhes..... 17

LAMINA III
«Petit Porteur» marroquí..... 32

LAMINA IV
Soldados hausas..... 33

LAMINA V
«Mays» lavando ropa..... 48

LAMINA VI
Tipo de «Coy» aunamita..... 49

LAMINA VII
Sastre de Saigón..... 64

LAMINA VIII
Danzarina de Singapoore..... 65

En el próximo volumen

LA PORNOGRAFIA

La pornografía en las religiones. — Pornografía y desnudez. — La obscenidad en la imagen y el libro. — Pornografía y civilización. — Espectáculos y periódicos.

CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe, y los del extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100 más para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, a reembolso o en sellos de Correos, cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.

En los envíos a reembolso, donde se halle establecido este servicio, los gastos son por cuenta del cliente, a razón de 0,30 pesetas por paquete.

Unicamente respondemos de los envíos certificados, con gastos por cuenta del cliente, a razón de 0,30 ó 0,05 pesetas por paquete, y según se trate de certificado con o sin derecho a indemnización.

El que una o varias obras se hallen agotadas no será motivo para rechazar el resto de un pedido.

ADVERTENCIAS.—Los números atrasados se venden al mismo precio que los corrientes.

Todos los precios señalados han de regir para el extranjero al equivalente en la moneda de cada país.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

HISPANOAMÉRICA		OTROS PAÍSES	
26 núms. Ptas. .	30	26 núms. Ptas. .	50
13 » » . .	15	13 » » . .	30

PAGO ANTICIPADO

EJEMPLAR: 1,25 Pesetas